

cristo determina toda su conducta, *Actas de los apóstoles* xxii, 40, xxvi, 43; en sus cartas habla de este acontecimiento como del más importante de su vida; unas veces con su noble orgullo, pues funda en él su derecho de apóstolado, *Epístola I a los Corintios*, ix, 1, y otras con la expresión del dolor que le inspira el recuerdo de sus persecuciones contra el Hijo mismo de Dios, *Ibid.*, xv, 4, 9. Principia casi todas sus epístolas declarando que ha sido llamado al apóstolado, no por la voluntad de los hombres, sino por un decreto milagroso de Dios. Las *Actas de los apóstoles* nos le manifiestan siempre el mismo en medio de las aflicciones, y siempre bajo la protección milagrosa de Dios; tal nos aparece en sus epístolas á los Corintios, *Epístola II á los Corintios*, vi, 4, ix, 11; xii, 28. Muchas veces hablan las *Actas de los apóstoles* del poder de hacer milagros concedido á la Iglesia, y S. Pablo presenta como un hecho muy conocido este poder, de que gozaban los primeros cristianos, *Epístola primera, á los Corintios*, xii, 8, 10, 14. Y el mayor de todos los milagros, es que entonces cuando los manifiesta obrándose así continuamente, no cuenta sobre la producción de ninguno. Sabe que una aparición celestial ha hecho caer las cadenas de los manos de san Pedro; no ha olvidado que en Filipos, durante un tormento, se abrieron las puertas de su prision, y los verros de todos los prisioneros fueron quebrantados, *Actas de los apóstoles*, 16; y sin embargo, en toma lleva las cadenas sin pensar en la intervención de ningún acontecimiento extraordinario; — no sabe si será condenado á muerte ó puesto en libertad, *Epístola á los Filipenses*, i, 20. En todos sus discursos, desde Cesarea hasta Roma, y en las cartas que escribió durante su cautividad, no se halla una sola palabra que indique que una aparición milagrosa le libraré quizá... ¿Este hombre no podía, igualmente que los judíos, comprobar la existencia de un milagro? Tholuck; *Glaubw. der ev. Gesch. 2te Aufl.*, página 370, 394.

» Teníamos, pues, razón en decir, al principio, que se puede independientemente de los Evangelios, reconstruir la historia de Jesús. Véase, en efecto, Strauss los rechaza, y con él los separamos por un instante del canon de los Libros santos; pues colocamos las *Actas* á la cabeza del Nuevo Testamento. Una vez probado su carácter histórico, las abrimos, y una nueva serie de milagros obrados por los apóstoles se presenta á nosotros; y si les preguntamos quién les ha dado el poder de sembrar así los prodigios

sobre sus pasos, nos responden: « Jesús de Nazareth. » Les preguntamos entonces, ¿quién es este Jesús de Nazareth? Proclaman que es un hombre en quien Dios ha dado testimonio por las maravillas, los milagros y los prodigios que le ha concedido hacer, *Act.*, 11, 22; después nos refieren su nacimiento maravilloso, su vida, su muerte sobre una cruz, su resurrección y su ascensión á los cielos. ¿Qué queréis todavía?

En el sistema de Strauss, el cristianismo queda un efecto sin causa. Si Cristo no ha sido más que una sombra, ¿cómo á su nombre se ha hundido la antigua sociedad para hacer lugar á la nueva? El universo se ha conmovido, mas el motor escapa! ¿Qué, estos mil testigos, cuya constancia y virtud admiró el mundo, y que sellaron con su sangre su testimonio inmortal, espíarian en las torturas por una sombra, por un fantasma salido de las imaginaciones populares!

¿De qué sirve á racionalista Strauss, haber despojado á Cristo de todos los rayos de su gloria? Su grandeza personal no solamente está en el Evangelio; aparece también mesiánica y omnipotente en la conversión del universo, que ha seguido su último suspiro sobre la cruz. Strauss nada ha ganado con rechazar los milagros. Debe saber que el prodigio no está todo enteramente en el agua convertida en vino en las bodas de Caná, sino mas bien en el cambio del mundo pagano, en el imperio de los Césares, aterrados de estupor como los soldados del sepulcro, en los bárbaros dominados por el dogma de los pueblos que han vencido, en los esfuerzos de los paganos, de los sectarios de los diferentes siglos, y en último lugar, de los filósofos y de los revolucionarios, para aniquilar la Iglesia de Cristo, mientras que no han hecho más que afirmarla sobre la roca antigua é inamovible donde la ha fundado. ¿Quién podrá creer jamás que la incomparable originalidad de Cristo, no sea más que una imitación perpetua de lo pasado, y que el persigimiento perpetuo de la historia no haya naje mas comprobado de la historia no haya tenido nada de real, y que el Evangelio tan palpable por su unidad, no sea más que un compuesto de doctrinas verdidas á la ventura?

Si nada hay real en la vida de Jesús, ¿qué corteza halláramos en las demás partes de la historia? Dónde se fijará este escepticismo desolador? Hé aquí, pues, á dónde han llegado en fin, los que han sacudido el yugo de la Iglesia católica! Hé aquí, pues, donde estaría el mundo, si Dios, para la salvación de la pobre humanidad, no hubiese estable-

cido sobre la tierra una autoridad visible y siempre subsistente!

Subdiáconado, subdiácono. El subdiáconado es una orden eclesiástica inferior á la del diácono, como lo expresa su nombre, pero que se mira en la Iglesia latina como una orden sagrada y como una de las tres órdenes mayores, S. Cipriano y el papa S. Cornelio hacen mención de ella en el siglo III. En la Iglesia griega el subdiácono, llamado *υποδιακον*, se ordena por la imposición de las manos, con una oración que reza el obispo, y que expresa la santidad de las funciones de esta orden. En la Iglesia latina, el obispo, después de invocar para el ordenando arrodillado la intercesión de los santos y representarle los deberes á que va á sujetarse, le hace tocar el cáliz y la patena vacíos, le vierte las virtudes que debe tener y hace una súplica por la que pide á Dios para él los dones del Espíritu Santo; le reviste en seguida de la dalmática, y le pone en la mano el libro de las epístolas que se cantan en la misa; esta última ceremonia no es antigua.

Esta diferencia de ordenación ha hecho pensar á muchos escolásticos que ni el subdiáconado, ni las órdenes menores son sacramentos; pero la mayor parte de los teólogos piensan lo contrario, y dimos la razón de esto en la palabra *Ordex*.

Entre los griegos las funciones del subdiácono son preparar los vasos sagrados necesarios para la celebración del santo sacrificio, y que deben ser llevados al altar por el diácono; guardar las puertas del santuario durante esta celebración; apartar de él á los catecúmenos y á todos los que no deben asistir á ella. Entre los latinos su cargo es preparar no solamente los vasos sagrados, sino también el pan y vino para el santo sacrificio, presentarlos al diácono, recibir las oblationes de los fieles, cantar la epístola en la misa, purificar los vasos y lienzos después del sacrificio, y en muchas Iglesias, llevar la cruz en la procesion.

En la Iglesia griega, los subdiáconos no están sujetos á la ley del celibato, como lo están en la latina, al menos desde el siglo VI, y al rezo del breviario y del oficio divino.

Algunos autores pretenden que en otro tiempo los subdiáconos eran los secretarios, los mensajeros, y comisionados de los obispos; que estaban encargados de las limosnas y administración de lo temporal de la Iglesia, juntamente con los diáconos.

En la palabra *Ordex* hicimos ver que el motivo de la institución del subdiáconado y de las órdenes menores no fué la negligencia, la

mollicie, el fausto ni la ambición de los obispos, como lo creyeron los protestantes; sino el respeto al santo sacrificio de los altares, y la alta idea que de él se quería dar á los fieles. Por esta razón eran necesarias ceremonias, un exterior pomposo, un número de ministros subordinados unos á otros, y encargados de diferentes funciones. Si se hubiese tenido de la consagración de la Eucaristía una idea tan baja como la que de ella tienen los protestantes, no se hubiera pensado jamás en presentarla con semejante aparato; y si se hubiese creído, como ellos, que la consagración es la simple representación de la última cena de Jesucristo, se hubiera celebrado de una manera tan sencilla como ellos; la omisión que han hecho de todo el ceremonial atestigua la novedad de su doctrina.

Subintroducida. V. AGAPETA, **Subintroparios.** V. SUPRALAPSARIOS.

Sucesion de los pastores de la Iglesia. Los teólogos católicos sostienen contra los protestantes, que la ordenación establece entre los pastores de la Iglesia una sucesion constante; de manera que el carácter, los poderes, la jurisdicción del predecesor, pasan y se comunican sin disminución alguna al sucesor; que sin esta sucesion, la Iglesia no podría subsistir. Esta verdad se funda en las mismas razones que prueban la necesidad de la *misión*. Véase esta palabra. De este modo los apóstoles han transmitido á los obispos y á los pastores que ordenaron, su carácter, sus poderes, su jurisdicción sobre los rebaños que habían reunido, ó sobre las Iglesias que habían fundado, y cuyo gobierno se confió á esos mismos pastores; por consiguiente san Pedro transmitió á sus sucesores la jurisdicción y autoridad que le confirió Jesucristo sobre la Iglesia universal.

Segun la doctrina de Jesucristo y sus apóstoles, no hay Iglesia sin pastor, no hay pastor sin *misión*, *misión* sin sucesion, y la sucesion se funda en la ordenación; sobre esta cadena indisoluble está establecida la perpetuidad de la Iglesia.

Así lo enseña san Pablo, *Eph.*, iv, 11. Dice que Jesucristo « dió los unos por apóstoles, los otros por profetas; estos para evangelizar, aquellos por pastores y doctores; que su ministerio y trabajo se dirigen á la perfección de los santos y edificación del cuerpo de Jesucristo, hasta que todos lleguemos á la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, para que no seamos arrastrados á todo viento por cualquiera doctrina. » El

Apóstol coloca las funciones y ministerio de los pastores y doctores en el mismo rango que el de los apóstoles y profetas. Dice del mismo modo, *I Cor.*, xii, 28 : « Dios ha establecido en la Iglesia, en primer lugar, apóstoles; en segundo profetas; en tercero doctores; finalmente, los dones de los milagros » y en el número de estos, coloca la función de gobernar, *gubernationes*; *supra* que todos estos dones provienen igualmente de Dios; no pertenece, pues, á los hombres nombrarse pastores y doctores. Véase PRAXIMO ECLESIASTICO.

Esta doctrina se explica y confirmaba con la conducta de los apóstoles. Despues de la muerte trágica de Judas, san Pedro dice á la asamblea de los discípulos, que es necesario elegir de entre ellos uno que substituya al apóstol infiel. Por consiguiente, todos piden á Dios haga conocer por la suerte al que elige, para suceder en el puesto al ministerio y al apostolado, del que Judas cayó por prevaricación, *Actas*, i, 25. La suerte recae en san Matías, y es colocado en el número de los apóstoles, sin ninguna diferencia entre ellos y él.

Tampoco colocan ninguna entre ellos y los obispos que establecen como pastores. San Pablo dice á los de Efeso, *Act.*, xx, 29 : « Vigilad sobre vosotros y sobre todo el rebaño, sobre el que el Espíritu Santo os ha establecido obispos, ó vigilantes para gobernar la Iglesia de Dios. » c. 32 : « Os recomiendo á Dios y á su gracia, el solo puede edificar y dar la herencia (ó la sucesion) á todos los que están santificados. » La mision, el apostolado, el gobierno de la Iglesia, tal es la sucesion que pasó de unos á otros. S. Pedro dice á los fieles, *I Pet.*, vi, 1 : « Pido á los ancianos y sacerdotes que están entre vosotros, en calidad de su colega (*coenior*) y de testigo de los padecimientos de Jesucristo apaenad la grey que Dios os ha confiado, y satisfaced sus necesidades, etc. » El carácter y cargo de los apóstoles fueron, pues, transmitidos á los pastores. S. Pablo dice á los Hebreos, i, 7.

« Acordaos de vuestros *prepositos* que os han anunciado la palabra de Dios y considerando el fin de su vida, imitad su fe : » hablaba de los apóstoles. A continuación añade, c. 17 y 21. « Obedeced á vuestros *prepositos*, y estadles sumisos, porque velan sobre vosotros como que deben dar cuenta de vuestras almas... Saludad á todos vuestros *prepositos*, y á todos los santos » Estos *prepositos* son evidentemente los pastores ó los sucesores de los apóstoles.

¿ Por qué medio se ha establecido esta su-

cesion? S. Pablo nos lo enseña tambien. Dice á Timoteo, *Epist.*, i, 14 : « No desprecies la gracia que está en vosotros, y que se os dió por revelacion, con la imposición de las manos de los sacerdotes. » *II Tim.*, i, 6 : « Os advierto desprecies la gracia de Dios, que está en vosotros por la imposición de mis manos. » Nadie niega que esta imposición de manos es la ordenacion. Por consiguiente, encarga á Timoteo haga todo lo que pueda hacer un apóstol. Escribe á Tito, i, 5 : « Os he dejado en Creta para que corrijaís lo que aun falta y establezáis sacerdotes en las ciudades como lo he hecho por vos mismo. » Y le expone las cualidades que debe tener un obispo.

Los mismos apóstoles son, pues, los que nombraron sucesores á quienes miraban como á sus colegas y cooperadores, á quienes encargaron trasmitiesen esta sucesion á los que viniesen despues de ellos. Esto es lo que hicieron : esta cadena sucesiva dura al cabo de diez y ocho siglos, y continuará hasta el fin del mundo. Así lo prometió Jesucristo cuando dijo á sus apóstoles : « Estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos, » *Math.*, xxvii, 20. « Pediré á mi Padre, y os dará otro consolador para que permanezca con vosotros para siempre : este es el espíritu de verdad que el mundo no puede recibir. » *II Joan.*, xiv, 16.

Esta verdad se confirma por el testimonio de san Clemente Romano, discípulo inmediato de los apóstoles, y que fué testigo de su conducta. Dice que Jesucristo recibió su mision de Dios, y « que los apóstoles recibieron la suya de Jesucristo; que despues de haber recibido el Espíritu Santo, y predicado el Evangelio, establecieron obispos ó diaconos de entre los fieles mas adictos, y que los dieron el mismo cargo que habian recibido de Dios; que establecieron una regla de sucesion paralo futuro, para que despues de la muerte de los primeros se confitiesen su cargo y su ministerio á otros hombres experimentados. » *Epist.*, i, n. 42, 43, 44.

No cesamos de repetir á los protestantes : ¿ Vosotros que lo veis todo en la Escritura Santa, cómo no veis en ella la perpetuidad de la sucesion y del ministerio apostólico? ¿ Elinteres de secta y de sistema los ciega. Los pretendidos reformadores querian establecer una nueva doctrina, una nueva Iglesia, una nueva religion : ¿ cómo hacerlos sin mision? Y si necesitan una ; de quien podian recibirla? Fué, pues, necesario sostener, ó que la mision no era necesaria, ó que su mision era extraordinaria y milagrosa, ó que la mision

ordinaria que habian recibido en la Iglesia católica era suficiente. En la palabra Misos refulamos estas tres pretensiones.

Es evidente que estos nuevos doctores, separándose de la Iglesia católica, negando la mision y el carácter de sus pastores, y no admitiendo la ordenacion, rompieron la cadena de la sucesion y del ministerio apostólico, y quisieron establecer una nueva cadena que comenzó en ellos, y no sube mas arriba. Cuando sostenian que no es cierto que el pontífice romano es el sucesor de S. Pedro, debieron citar al menos un papa que haya renunciado, como ellos, á la sucesion del Príncipe de los apóstoles, que haya excomulgado á sus predecesores, como Lutero excomulgó á Leon X, porque este pontífice le habia condenado. No solamente todos los obispos de la Iglesia católica hacen profesion por su ordenacion de tener todos sus poderes por derecho de sucesion, sino tambien son reconocidos por toda la Iglesia como sucesores legítimos de los que les precedieron, y por este hecho asombroso estamos seguros del carácter, de la autoridad y jurisdiccion del romano pontífice. Cuando ha habido cismas para el pontificado, se trataba solamente de saber cuál era el verdadero sucesor del pontífice precedente; y aclarado una vez este hecho, toda la Iglesia se reúne obedeciendo á aquel, cuya sucesion se reconocia legítima. Lejos de acusar á los papas de haber renunciado á la sucesion de S. Pedro, los protestantes les acriminan haber querido siempre acrecentar sus derechos.

Un incrédulo inglés se propuso probar que los pastores de la Iglesia no han sucedido á los apóstoles, y atacaba principalmente á los obispos anglicanos, que se atribuyen este honor como los obispos católicos; pero como sus objeciones atacan á unos y á otros igualmente, debemos responder á ellas.

Si la religion, dice, hubiera necesitado de una sucesion no interrumpida de pastores, hubiera necesitado igualmente de una sucesion de talentos, de conocimientos, de milagros y de gracias de lo alto, superiores á los que Dios concede á los legos, y análogos á los que habia comunicado á los apóstoles, lo cual no vemos en el clero. Los apóstoles fueron inspirados, gozaban del don de milagros y del discernimiento de espíritus; podian conferir el Espíritu Santo; les estaba mandado convertir todas las naciones, y todo esto es para que los apóstoles, á quienes se habian concedido los dones milagrosos, fuesen capaces de obrar tal conversion. Esta grande obra, pues, se ejecutó; la Iglesia de

Jesucristo está establecida, luego ya no hay necesidad de apóstoles ni de sucesores de estos hombres extraordinarios; y el acontecimiento prueba que efectivamente no hay tal necesidad.

Respondemos, que para ser verdaderamente sucesor de los apóstoles, no es necesario haber recibido de Dios todos los dones sobrenaturales que comunicó á los apóstoles, que basta estar destinado á continuar la obra que aquellos comenzaron, haber recibido la misma mision y la medida de gracias necesarias para ejercer el mismo ministerio; no siendo así, es necesario sostener que todos los que han predicado el Evangelio á los infieles desde la muerte de los apóstoles, han sido temerarios, á quienes no debieron oír; que los apóstoles obraron mal, encargando á sus discípulos esta funcion, supuesto que no pudieron darles la plenitud de los dones del Espíritu Santo, como ellos mismos la habian recibido.

Estos dones eran necesarios para probar la mision divina de los apóstoles; pero probada esta mision una vez, ya no hay necesidad de milagros para comunicarla á sus sucesores; se extiende á todos los siglos, pues Jesucristo no la limitó á tiempos, ni á lugares, ni á personas : *Predicad el Evangelio á toda criatura, enseñad á todas las naciones; estad con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos*, etc., Jesucristo sabia bien que sus apóstoles no vivirian mucho tiempo; dió, pues, la mision no solamente para ellos, sino tambien para sus sucesores hasta el fin de los siglos. No pretendemos, sin embargo, confesar el autor de la objecion que ya no se hacen milagros en la Iglesia, y que los sucesores de los apóstoles ya no reciben gracias ni dones sobrenaturales por la ordenacion; esto es un disparate que él supone.

Tambien es falso que la grande obra de la conversion de los pueblos se ha ejecutado; no estaba muy adelantada cuando murieron los apóstoles; sus sucesores la continuaron : aun quedan gran número de naciones, que no creen en Jesucristo, á las cuales sin embargo quiere que se predique; segun esta promesa, les da la mision, el apostolado, las gracias y la asistencia que necesitan para cumplir con su cargo consiguiendo el éxito. Pero los protestantes no quieren ni ordenacion, ni carácter, ni mision sobre natural, ni gracias unidas á ella; á ellos incumbe responder á los incrédulos, que arguyen sobre sus propios principios.

* Sucesion indefinida de los se-

res. Sistema inventado para combatir el Génesis, y que importa refutar.

La Biblia, dice Mr. de Cuvigny, nos enseña que hubo un tiempo en que ninguna de las formas orgánicas actuales había hecho aún su aparición en la superficie del globo; un tiempo en que el hombre faltaba en el mundo, y el mundo sin conocer esta desnudez, proseguía tranquilamente su carrera. También sabemos que un día, pocos años ha, Dios sopló en la nada para sacar de ella el ser, y lanzó con profusión la vida en el mundo material. Hé aquí lo que creemos como cierto nosotros los católicos, que creemos en la inspiración del autor del Génesis; lo tenemos como cierto, y esto sin temer que los descubrimientos científicos puedan jamás demostrar lo absurdo de nuestra fe.

Ciertos hombres, sin embargo, lo han intentado; el dedo de Dios, impreso en todas partes con caracteres indelebles, les hizo ver su error.

Entonces, como los gigantes de la fábula, elevaron á Pelion sobre la Ossa, para engrandecerse á la altura del Criador, hacedlo desaparecer, lanzarlo de en medio de su obra. Una vez rechazada la narración de Moisés, aventuraron las teorías, para explicar el origen del mundo y publicar también un Génesis de la creación. En su opinión los seres tuvieron siempre existencia, si no bajo la forma que los reviste ahora, al menos bajo otra, de la que la presente no es mas que el desarrollo y perfección. Os dirán que los sistemas actuales de organización derivan de una sucesión eterna de las mismas especies, sin punto inicial como sin término extremo probable, ó de una transmutación gradual de las especies, unas en las otras. «La creación, en concepto de estos nuevos adversarios, es un fenómeno de una significación puramente teológica ó mítica... La humanidad sufriendo transformaciones sucesivas, que la elevan á un estado indefinidamente mas perfecto, no es una serie interrumpida de anillos fragmentarios, sino mas bien una serie de evoluciones sin fin. Hé aquí el gran descubrimiento moderno: hé aquí la suprema verdad de la filosofía, la doctrina de la perfectibilidad que salvará al mundo. Encicl. nuev., art. cristianismo, cielos; De la humanidad, de su principio y de su porvenir, por P. Le-roux, p. 140, 142. Verdaderamente el género humano no sería ni mas ni menos, que un desarrollo necesario de mineral, de conchas y pólipos, una variedad de monos, una excrecencia del chimpanse!! Qué noble origen! Qué sublime descubrimiento!

Estas doctrinas panteístas, que sostienen los filósofos naturalistas, están refutadas por los descubrimientos fisiológicos que demuestran la mentira y la nada del sistema de los Lamarek, los Oken, etc. La geología nos suministra también argumentos que destruyen las teorías aventuradas acerca del origen del mundo, y principalmente la que explica la existencia de las especies actuales por un desarrollo, ó una transmutación de especies, que las precedieron en existencia.

«Si comprendo bien la geología, dice el profesor Hitchcock, lejos que esta ciencia enseñe la eternidad del globo, prueba al contrario mas directamente que lo puede hacer otra ciencia, que las diversas revoluciones que se verifican en él y las diversas razas de seres que lo habitan, tuvieron un principio, y que encierra en sí mismo ciertas fuerzas químicas que no necesitan mas que ser puestas en libertad por el Ser que las crió, para completar inmediatamente su destrucción.» Hitchcock, Geólogo, *gg of Massachusetts sett.*, p. 395.

Cuvier dedujo la misma conclusión por sus observaciones sobre los fenómenos geológicos: «Lo que asombra, y no es menos cierto, es que la vida no existió siempre sobre el globo, y que es fácil al observador reconocer el punto donde comenzó á depositar sus productos;» *Discurso sobre las Revoluciones del globo*, 6.ª edición, p. 49.

En efecto, sea lo que fuere de la verdad ó del error de las teorías que dividen á los sabios con respecto al origen de las rocas colocadas por capas mas antiguas; sean los que fueren los agentes que determinaron los movimientos de los materiales inorgánicos que se componen, siempre es cierto que hay ausencia completa de restos orgánicos en todas las porciones inferiores de estas conchas, designadas con el nombre de primitivas. ¿De este hecho no resulta que en cierta época que precedió á las conchas del periodo de transición donde la vida comienza á aparecer, no existía ningún ser orgánico animal ó vegetal? Si para descubrir las causas de esta ausencia investigamos qué condiciones se impusieron al principio á la tierra; si estudiamos los fenómenos principales que presentan las rocas no colocadas por capas, y las volcánicas, deberemos reconocer, con la mayor parte de los sabios, como un hecho poco mas ó menos demostrado por los descubrimientos modernos, que todos los materiales del globo se mantuvieron primitivamente en un estado fluido por la acción de un calor intenso que lo convertía en un vasto mar ardiente. De donde se infiere que su temperatura era muy

elevada para que lo habitase ninguna especie de seres orgánicos, y para permitir á la vida desarrollarse en él sus maravillas.

«Las condiciones mas antiguas de la tierra y de las aguas constituyen, pues, decimos con el doctor Buckland, un orden de cosas incompatible con toda la existencia animal ó vegetal; y hallamos de este modo en los fenómenos naturales testimonios que establecen este hecho importante, á saber, que existe un límite del que tuvieron principio todas las formas revestidas por la existencia, ya entre los animales, ya entre los vegetales.

«Así como en los hechos siguientes la presencia de restos orgánicos nos hace ver la inteligencia criadora en todo su poder, en toda su sabiduría, en toda su bondad, coordinando los progresos de la vida en las diversas fases que sufrió en la superficie del globo; del mismo modo su ausencia en los lechos primitivos nos suministra un argumento poderoso para establecer que hay en la historia de nuestro planeta una época que ninguna investigación puede alcanzar, como no sean las de la geología, y que precedió á toda manifestación de la vida.» *Buckland, la geología y la mineralogía en sus relaciones con la teología natural*, t. 4, p. 46.

«De este modo todos los observadores están conformes en reconocer que á pesar de las investigaciones mas continuas, es imposible descubrir vestigio alguno de restos orgánicos en los lechos inferiores á los terrenos de transición, y en vista de esta circunstancia tenemos fundamento para considerarlas como depositadas en épocas que precedieron á la aparición de la vida. Sin embargo, se ha pretendido que pudo esta muy bien desarrollarse durante la formación de las rocas colocadas por capas primitivas, cuando se hallaban en un estado de liquefacción ígnea; pero que la acción del calor en los lechos mas parecidos al granito había aniquilado los restos de los seres que existían entonces. Esta explicación, lejos de resolver la cuestión, no hace mas que complicarla; porque es necesario siempre remontarse á una época en que los elementos del globo y el conjunto de los materiales constitutivos del granito fundamental, se hallaban en un estado de liquefacción incompatible con toda manifestación orgánica.

Tucker, sin embargo, sostiene que tal liquefacción no hacia imposible la organización de la vida, y para dar á su sistema visos de verosimilitud, se entrega á todos los desvarios de una imaginación delirante.

¿Quién indicará en qué límites puede variar sus manifestaciones la inteligencia infinita? ¿Quién demostrará la imposibilidad de las organizaciones enteramente diferentes de las que vemos? ¿Quién sabe qué cavidades se contienen en el seno de la tierra, y qué criaturas vivientes pueden habitarlas, dotadas de sentidos desconocidos á nosotros, recibiendo de las corrientes magnéticas los sercicios que nos presta la luz, y de la electricidad las sensaciones tan vivas como las que se nos transmiten por los sonidos y olores? ¿Sobre qué fundamento nos atreveremos á afirmar que no pueden existir cuerpos vivos cuya organización resista á la liquefacción del sol, teniendo el fuego por elemento, huesos y músculos formados de tierras fijas, por sangre y humor de los metales en fusión; ó qué otros hayan sido criados para las regiones frías de Saturno, por cuyas venas circulan fluidos mas sutiles que los éspíritus mas rectificados que produce la química? Tucker, *Light of Nature*, t. 3, c. 10.

A esto respondemos: Indudablemente, no sabemos en qué límites quiso el Criador encerrar su acción; indudablemente también, puede el pensamiento colocar en el número de existencias posibles seres cuya naturaleza y propiedades se diferencien en un todo de la naturaleza y propiedades que los caracterizan hoy. Pero lo cierto es que los elementos que entran en la composición de los cuerpos están sometidos á leyes generales y universales, y desde la época en que fué criada la materia, no sufrieron ninguna alteración; lo que no es menos cierto es, que la temperatura de un planeta en fusión no pudo desarrollarse en ninguna forma orgánica animal ó vegetal análoga á las que existen hoy, ó cuyos restos vemos en el estado fósil. Podemos, pues, afirmar con justicia que en cierta y determinada época ningún ser viviente había aparecido, y que la vida en los organismos no llegó á ser compatible con el calor del globo hasta después de aquella liquefacción general.

«Esta conclusión, añade el doctor Buckland, es tanto mas importante como que priva de su último recurso á gran número de filósofos especulativos, que ó ya en sus teorías explican el origen de las organizaciones actualmente existentes por una sucesión eterna de las mismas especies, ó imaginan evoluciones de especies sucediéndose unas á otras, sin ningún acto de creación directa ó repetida; negando en uno y otro caso la existencia de una primera época, de un punto de partida, en la serie infinita que supone su

hipótesis. Estas teorías carecían de respuesta decisiva, hasta que los descubrimientos de la geología establecieron que las especies actualmente existentes tuvieron un principio que data de una época comparativamente reciente en la historia física de nuestro globo.... y que por consecuencia la doctrina de una sucesión eterna é indefinida enteramente en lo pasado y en lo porvenir, es igualmente insostenible. « *Ibid.*, p. 46, 47.

Cuvier, después de un estudio reflexivo y profundo de los diversos animales que se hallan en estado fósil, pregunta si puede suponerse que las razas actuales son modificaciones de las antiguas; modificaciones que hubieran podido tener por causa las circunstancias locales, el cambio de clima y una larga sucesión de siglos. En su concepto es falsa esta suposición, y declara que no debe parecer verosímil mas que para aquellos solos que creen la posibilidad indefinida de la alteración de las formas en los cuerpos organizados, y que piensan que los siglos y los habitantes pueden transformar todas las especies unas en otras, ó hacerlas derivar de una sola de entre ellas. « Pero si las especies cambiaron por grados, dice si continuación, se deberían hallar vestigios de estas modificaciones graduales; se deberían descubrir algunas formas intermedias entre el paleoterium y las especies de hoy, lo cual no lo ha verificado hasta el presente. ¿Por qué las entrañas de la tierra no conservaron los monumentos de una genealogía tan curiosa, sino porque las especies de otros tiempos eran tan constantes como las nuestras? » Cuvier, *Discurso sobre las revoluciones del globo*, 6^a edic., p. 121, 122.

Muy lejos de que el estudio de los animales fósiles establezca y confirme la pretendida ley de trasformación, de evolución sucesiva, lo que causa desde luego una completa admiración, cuando se cavan los terrenos en los que aparecen los primeros vestigios de la vida orgánica, cuando se vuelven á unir los antiguos despojos de los animales encerrados en sus entrañas, lo que asombra, decimos, es que las cuatro grandes encrucijadas del reino animal, los *vertebrados*, los *moluscos*, los *articulados*, y los *rayados* entren en el mismo tiempo en posesión de la existencia. También se observa que las leyes que arreglaban entonces la vida animada son aun hoy las mismas, que siempre fueron fijas é inmutables; y esta constancia establece una conexión íntima entre los géneros extinguidos y los diversos grupos de seres que cubren ahora la superficie del globo.

Los peces son los vertebrados mas elevados en la serie animal que presentan las formaciones de transición. Basta, pues, echar una ojeada sobre la historia de los pescados fósiles desde el momento en que comenzó la vida submarina hasta nuestros días, para convencerse que cada una de las formas principales de organización que revisitan á estos animales, existió desde las edades mas remotas de nuestro globo. Se nota una semejanza perfecta entre los dientes, las escamas, los huesos de los pescados mas antiguos *sauroides* de la formación vilerá, ú hornaguera (el género *mégálichthys*) y los del género *lepidosteus* actual. Tomad los dientes y espinas huesosas del solo *cestracion* que aun en la actualidad compone parte de la familia de los *gatos marinos*; comparadlos á las numerosas formas extinguidas de esta misma subfamilia de las cestraciones que las formaciones carboníferas y secundarias encierran en cantidad considerable, y observaréis relaciones dignas tambien de admiración. Un hecho no menos importante establecido por el estudio de los pescados fósiles, y que destruye la doctrina del desarrollo gradual, ó de la trasmutación de especies, es que en lugar de una serie de evoluciones hacia un estado indefinidamente mas perfecto debe admitirse aquí, como en otros muchos casos, una especie de desarrollo retrógrado procedente de las formas compuestas á las simples. No encontramos ya en nuestros periodos modernos sino repartidos en familias separadas muchos caracteres orgánicos que ciertas especies reunian en aquellas épocas remotas; así es que entre los peces actualmente existentes, representan solamente dos géneros los *sauroides* que sustituidos ya en las capas terciarias por formas menos perfectas, consiguen una enorme magnitud en las formaciones carboníferas y secundarias.

La estructura blanda y frágil de los *moluscos* no les permitió resistir á todas las causas de destrucción que pesaban sobre ellos. Sin embargo, esta rama del reino animal ofrece en esas mismas formaciones muchas familias y géneros muy numerosos que parecen haber ocupado los antiguos por millares. Algunos como los *ortoceratitas*, los *espiríferos*, los *productus* llamados de los primeros á ocupar la superficie de nuestra planeta, se extinguieron en una época muy remota (M. de Origny, *Cuadro de los céfalópodos*), mientras que otros, como los *nautilus*, los *terebrátulos* han atravesado todos los periodos geológicos y perpetuado hasta nuestros días. Pero aunque los órganos hayan desa-

parecido casi enteramente, sus conchas exteriores, y alguna vez su aparato interno, pueden tambien guiar al que quiera resituir á luz esas numerosas tribus sepultadas desde pnes de infinito número de siglos en las profundidades de la corteza del globo. Entre estas conchas citaremos solamente los *uniratos* y los *bivalvos*, los *multiloculares* separados en la concha, que conservados en el estado fósil en las capas de transición mas antiguas, presentan la mayor analogía con las especies actualmente existentes. Admirado de esta íntima conexión M. Broderip, conjeturó que las mismas funciones debieron asignárseles por el Criador; que los animales á quienes servian de corazas, tenían las mismas formas, los mismos hábitos, hacian el mismo papel en la economía general submarina que los *moluscos* que habitan hoy las conchas modificadas de la misma manera. Véase la introducción á la Memoria sobre algunas especies nuevas de *brachiópodos* por M. Broderip, *Trans. geolog.*, t. 1, p. 141.

Tomamos el orden de los *trachelipos* que Lamarck dividió en dos grandes secciones, los *herbívoros* y los *carnívoros*. Sabemos que estos moluscos recorren nuestros mares como verdaderos tiranos, y que una de las dos grandes familias de estos últimos devora con sus mandíbulas aceradas á los jóvenes testáceos y á los peces. Se encuentran muchas veces millares de conchas vacías y agujereadas en las capas terciarias donde abundan los *trachelipodos zoófagos*. Las capas inferiores á la greda no conservaron ninguna señal de la presencia de estos moluscos, y todo nos induce á creer que no existian entonces; pero la ausencia de una tribu rapaz en aquellas formaciones ha sido compensada por los *cefalópodos* testáceos que, como los primeros, parecen haber tenido por misión poner límites al desarrollo excesivo de la vida animal en los antiguos mares. Dudamos tambien que pueda descualificarse en virtud de qué ley y desde cuando la *fibia* común y otras muchas especies de *cefalópodos*, desprovistas de conchas exteriores, aprendieron á arrojar un líquido negro y viscoso para librarse de la persecución de sus enemigos. Por otra parte, se han encontrado en el *Lias* de Limerigis, *fibias*, cuyas vejigas prolongadas por un líquido semejante, conservaban con respecto á la espina dorsal la posición que se observa entre estos órganos en los *calanares* que habitan nuestros mares actuales.

M. Owen, en una excelente Memoria publicada en 1832, probó que los animales de los *nautilus* fósiles formaban parte de una

familia de moluscos que se acercan á la *fibia* ordinaria; parece tambien que los *ammonitos* ejercian en la economía de los animales que los construyeron, las funciones asignadas en nuestros días á la concha del *nautilus pompilius*.

Si pues somos conducidos y aun forzados á investigar en el estudio de la naturaleza viva la historia de los caracteres y costumbres de esos seres extinguidos, ¿no es una prueba evidente que desde las épocas mas remotas, leyes constantes é inmutables presidieron el desarrollo de su organización? bebemos tambien añadir que si muchas conchas conservan su sencillez primitiva en medio de los cambios obrados en la superficie del globo, se observa tambien que con frecuencia las formas mas inferiores de la animalidad fueron precedidas por otras mas perfectas.

Las cuatro clases de la rama de los *articulados* tienen tambien representantes desde el periodo de transición hasta nuestros días. Los primeros vestigios de estos animales pertenecen á la familia de los *trilobitas*; y aun parece haberse completamente extinguido desde el principio de la *serie secundaria*, no presenta menos ciertas analogías de estructura que colocan á los *trilobitas* mas antiguos al lado de nuestros *crustáceos actuales*. Véase á Mr. Arduin, *Investigaciones sobre las relaciones naturales que existen entre los trilobitas y los animales articulados*. Aproximal los *trilobitas* que se ha demostrado existen en toda la Europa septentrional y en las numerosas localidades de la América del Norte, en los Andes y en el cabo de Buena Esperanza; comparadlos á los *crustáceos* del género *stérolo*, á los *limulos*, al *branchiopo* de los estanques, apenas podreis distinguir en la estructura general algunas diferencias, y tendreis lugar de demostrar aun las relaciones estrechas que ligian entre sí á las diversas familias del reino animal. No ignoro que se ha pretendido hallar en la organización de los *trilobitas*, en las funciones á la vez locomotrices y respiratorias que ejercen sus miembros, el rudimento, el germen, la raíz extinguida, de donde proceden, con el transcurso de los siglos por series de evoluciones sucesivas, las diversas formas *crustáceas* mas elevadas. Pero entonces, ¿por qué se hallan en el *branchiopo* actual condiciones tan enteramente simples como las que nos ofrece la familia de los *trilobitas*? ¿Por qué el *limulo*, cuya aparición se remonta á los primeros siglos, ha atravesado todas las formaciones, conservando siempre sus for-

mas intermedias? Con esta inmovilidad sustancial se desmienten tambien formalmente las teorías ilusorias de la escuela progresiva.

Quando nuestros geólogos descubrieron el esqueleto de un ojo en un fósil grosero, no pudieron negar que en la época en que vivió, la luz debía ser visible. Si después hacen la anatomía de este órgano, si lo ven atravesar todas las formaciones sin pasar por una especie de cambios, de formas mas sencillas ó mas complicadas, siempre en posesion de las disposiciones mecánicas que en nuestros dias entran en la composicion de los ojos entre los *crustáceos* é insectos, deberán confesar bajo pena de cometer nuevas inconsecuencias que esta admirable perfeccion no es obra de los siglos. Esto mismo es pues lo que tiene lugar en los *trilobitas*. Sus ojos acumulados en las capas extremas é intermedias de la serie de las creaciones y los del *limulo*, de los *sercolos* y *branquios* del mundo actual, están conuistruidos sobre el mismo plan y por el mismo principio; presentan las mismas modificaciones siempre en relacion con el medio por el que fueron criadas. Esta coincidencia, esta conformidad, esta armonía perfecta, ¿no atestiguan la intervencion activa de un poder criador único, inteligente, y no la estúpida ley de la perfectibilidad indefinida?

En casi todas las formaciones, desde las mas antiguas hasta las mas recientes, hallamos tambien los *serpulos* en el estado fósil; lo que nos obliga á hacer subir á origen remoto el orden á que pertenecen los *anélidos* y á concluir la continuidad interrumpida de su existencia. La observacion tambien nos enseña que los *arácnidos* y los *insectos* son muy antiguos en el globo, pues en los terrenos formados de capas, y en una época muy remota se encuentran vestigios pertenecientes á una y otra clase.

Vemos hormiguear en las aguas de nuestros mares modernos animales, cuya hermosa encantadora, cuyas formas variadas cautivan nuestra admiracion. Si por acaso algun partidario del progreso indefinido fija su atencion en estos bellos órdenes de animales articulados; si estudia la estructura de cada una de las pequeñas piezas que entran por millares en la composicion de un solo cuerpo, se verá obligado, quiera ó no quiera, á reconocer en esta construcción admirable una delicadeza, una perfeccion, una armonía que en vano se trataría de buscar en los mecanismos que salen de manos de los hombres. Pero súbitamente, en

presencia de estas maravillas, una idea bajada, no sé de dónde, se arroja sobre su inteligencia, le comunica alguna cosa como una violenta sacudida, y le inicia en la gran ley de la naturaleza. Hé aqui que muy luego en un solo momento recorre la serie prolongada de transformaciones sucesivas que sufrieron antes de llegar al estado en que se presentan á nosotros. Desgraciadamente la experiencia rechaza este pretendido descubrimiento perteneciente al número de los desvarios fantásticos, que algunas veces agitan los cerebros enfermos. En efecto, desgaremos las entrañas del globo, atravesemos todas las formaciones, bajemos hasta las capas en donde la primera naturaleza, naturaleza muerta y puramente mineral, parece disputar el imperio á la naturaleza organizante; por todas partes, á nuestros piés volvemos á encontrar los vestigios de los animales que despiden luz. Asi ciertas familias de la clase de los *equinodermos* aparecen en todas las capas. Las especies vivas comparadas con las fósiles, presentan, es verdad, formas variadas; pero bajo esta variedad, hay una unidad de plan tan perfecto que es necesario admitir la accion de una inteligencia única y siempre la misma, para explicar esta uniformidad misteriosa. En los géneros y muchas veces en las familias totalmente completas, de las que forman parte aquellos géneros, la organizacion se funda siempre en los mismos principios; aun mas, ofrece en aquellas épocas remotas un grado de perfeccion tan grande como hoy. Queremos descubrir la naturaleza de esos vestigios fósiles, reunir los elementos de su historia; con frecuencia nos vemos obligados á dirigirnos á las especies actualmente existentes para encontrar la solucion del problema. Asi, el descubrimiento de la *pentacrinita* cabeza de *Medusa*, y de la *pentacrinita* de *Europa*, ha llegado tambien á ser para nosotros una antorcha que nos precede y nos guia en el estudio de las formas mas antiguas del género *pentacrinito*, etc.

Y muy lejos de que este estudio comparado pueda suministrar un argumento favorable á la doctrina del progreso indefinido, nos revela en la organizacion de esta especie tan antigua una armonía tan grande, un término de combinaciones mas admirable que ninguna de las especies que la representan, ora sea entre los fósiles de las formaciones mas recientes, ó entre las especies actuales.

Por el exámen de los *pólipos* que abundan tambien entre los *radiarios* del periodo de

transicion somos conducidos á los mismos resultados.

Preguntamos ahora: ¿cómo á vista de estos hechos suministrados por el estudio de la geología, puede sostenerse que la vida entre los animales ha progresado constantemente desde los rudimentos mas sencillos hasta las formas mas elevadas, que observamos en las especies poseedoras hoy de la existencia?

Además, si procedemos al estudio de las *formas vegetales* mas antiguas que existieron en la superficie de nuestro planeta, no solamente vemos entre ellas las plantas *endógenas* y las *exógenas* sino que tambien percibimos, hasta en los mas pequeños pormenores, una relacion íntima entre la estructura de las numerosas familias que componen la *flora fósil* y las de la época actual, cuyas estrechas relaciones y completa identidad colocan á los *calamitos* en la familia de los *equisetáceos* los *fúgeros* de los terrenos de transicion en los géneros de esta vasta familia, y aproximan los *lepidodendrones* á los *hipopódiceos* y *coníferos* actuales.

En el dia, como en aquellas épocas remotas, están aun sometidos á las mismas leyes, bajo el aspecto de su distribucion geográfica; son mas numerosos y consiguen mas vastas dimensiones en las localidades cálidas y húmedas, situadas entre los trópicos, y principalmente en las pequeñas islas, de donde resulta que en todas las épocas, desde las formaciones mas antiguas hasta nuestros dias, presidieron leyes constantes á la produccion y desarrollo de los vegetales.

Esto es tan cierto que el estudio de las plantas y animales fósiles, dice el profesor Philips, no ha conducido aun hasta aqui á la necesidad de establecer alguna clase nueva. Todos estos seres se colocan sin esfuerzos en las mismas grandes divisiones que fueron criados para las formas actualmente existentes. Estamos, pues, autorizados para concluir que las creaciones orgánicas mas antiguas como las mas modernas se completaron por un mismo plan general; y por consiguiente, lejos de poder describir como constituyendo sistemas distintos y aislados en la naturaleza, no deben considerarse mas que como sistemas que se corresponden, y no se diferencian mas que en algunos de sus pormenores. Estas diferencias muy frecuentes no pueden constituir mas que minuciosas distinciones específicas. Asi, pues, vemos el problema de las relaciones entre las organizaciones recientes y de los que proceden de los restos fósiles, resuelto por una analogía

general en el conjunto de la organizacion, por numerosas semejanzas en los puntos esenciales. Philips, *Guía del Geólogo*, pág. 61, 63. « El reino animal (se debe decir lo mismo del vegetal) se componia en aquellas épocas remotas por las mismas leyes, comprendia las mismas clases, las mismas familias que en nuestros dias; y en efecto, entre los diversos sistemas sobre el origen de los seres organizados, es el menos verosímil el que hace por medio de desarrollólos *metamorfosis* graduales. » Cuvier, *Osamentos fósiles*, t. 3, p. 297.

Mr. de la Beche, afirmando que los animales y vegetales están sometidos á leyes constantes, que ni el tiempo ni las circunstancias pueden destruir, demuestra hasta donde se extienden estas ideas. « Es indudable que muchas plantas pueden sufrir modificaciones con respecto á ciertos cambios en las condiciones de su existencia, y que muchos animales varían segun los lugares en que se hallan; pero considerada la materia bajo un punto de vista general, y concediéndole enteramente á todas sus numerosas excepciones la importancia que merecen, puede asegurarse que las plantas y animales se formaron en vista de las situaciones en las que se hallan colocados, y que ellos mismos estaban predisuestos á recibirlos. Estos seres parecen haber sido criados á medida que la tierra presentaba condiciones favorables á su existencia, no siendo estas mismas condiciones de naturaleza apta para modificar muy profundamente las formas puestas de antemano en posesion de la vida, para convertirlas en nuevas especies. » De la Beche, *Investigaciones geológicas*, 1834, p. 239.

En efecto, estas modificaciones no afectan mas que á los caracteres mas superficiales, como el color, la espesura del pelo, las dimensiones mas ó menos grandes, etc. Pero todos los sabios saben las causas que producen esta diferencia, y conviene: con Hipócrates, *In libro de aere, locis et aquis*, t. 1, p. 127, edic. de Leyde, que son determinadas por el calor, el clima, el género de vida, un alimento mas ó menos abundante, etc., y que los tintes varían por el mismo calor, proporcionalmente á la separacion del Ecuador. M. D. Martini, *Lecciones de Fisiología*, y *Elementos de Fisiología*. — Mr. Richerand, *Nuevos elementos de Fisiología*. — El P. Perrone, *de Homine*, etc., Cuvier, comparó los cráneos de las zorras del Norte y del Egipto, con los de las de Francia, y no encontró mas que diferencias individuales. Sus numerosas

observaciones le hicieron también afirmar que si varían alguna vez un poco las formas de los huesos, su número, sus conexiones y articulaciones, la estructura de los grandes dientes molares no cambia jamás.

Esta constancia en las leyes que rigen el reino animal es tan grande, y la naturaleza ha provisto con tanto cuidado á su conservación, que se necesitan todos los arduos y poder del hombre, para hacer contraer á las razas las mezclas y crecimientos que podrían alterar las especies: en cuanto á los productos forzados de esas cópulas contra naturaleza, están tan poco en su estado normal, que se ven casi siempre estériles é infecundas, ó si tienen la facultad de reproducir, la pierden al cabo de algunas generaciones muy poco numerosas.

Se dirá quizás, con ciertos naturalistas que de una plumada acumulan los siglos por millones, que las modificaciones de los animales, que las transiciones de una raza á la otra se obran lentamente, y que la vida del hombre pasa con mucha rapidez para permitirle notarlas. Pero esto es una pretensión desmentida por los hechos. Cuvier examinó con el mayor cuidado las figuras de animales y pájaros grabados en una época muy remota sobre los numerosos obeliscos conducidos del Egipto á la antigua Roma, y reconoció que ofrecen, en cuanto al conjunto, que solamente pudo ser objeto de la atención de los artistas, una semejanza perfecta con las especies como las vemos hoy, y lo mismo sucede con las numerosas momias de los animales recogidos por Mr. Geoffroy Saint-Hilaire en los templos del alto y bajo Egipto. Tampoco se nota diferencia entre los gatos, los tántalos, aves de rapina, perros, monos, cocodrilos, de que hace mención, y por lo que vemos, que entre las momias humanas y los esqueletos de hombre de hoy. Véase una nota sobre las variedades de cocodrilos; *reino animal* de Cuvier, t. 2, p. 21, 2.ª edic. Tales pinturas y momias demuestran que las diversas razas de animales tuvieron siempre las dimensiones y propiedades que presentan ahora.

«Hay pues en ellos caracteres que resisten á todas las influencias, sean naturales ó humanas, y nada anuncia que el tiempo tenga, respecto de ellos, mas efecto que la domesticidad... Nada pues en los hechos conocidos puede apoyar ni en lo mas mínimo la opinión de que los géneros descubiertos entre los fósiles hayan podido ser las raíces de los animales de hoy, los cuales no se diferencian de aquellos mas que por la influen-

cia del tiempo ó del clima.» Cuvier, *Discursos sobre las revoluciones del globo*, p. 130 y 133.

Tal es igualmente la opinion de Liell. Después de discutir con mucho talento y buena fe los argumentos propuestos anteriormente, para sostener la transmutacion de las especies, concluye de este modo: «Las especies tienen pues una existencia real en la naturaleza; y cada una de ellas en el momento en que fué criada fué dotada de los atributos orgánicos, que las distinguió aun hoy;» véase á Liell, *principios de geología*, t. 2, c. 1, 2, 3, 4.

Resúmen:
1.º El estudio de los primeros geológicos nos demuestra que hubo una época en que los seres organizados no existían aun; estos seres tuvieron pues un principio posterior á aquella época, cuyo principio, como dice Buckland, no puede atribuirse mas que á la voluntad, al *fiat* de un poder creador infinitamente sabio, infinitamente inteligente.

2.º La geología, lejos de suministrar una base ni muy débil al sistema de una transmutacion gradual de unas especies en otras, lo convierte completamente en ruinas, y prueba incontestablemente que los seres están sometidos á leyes constantes contra las que no tienen fuerza alguna el tiempo, los climas, ni el poder del hombre.

Sudario. Esta palabra, sacada de la latina *sudarium*, significa en su origen un lienzo ó pañuelo que sirve para enjuagar el rostro; la palabra griega *συδαριον*, que expresa lo mismo, no se halla mas que en los evangelistas. No debe, pues, confundirse con *σάβανον*, que era una sábana, y designaba alguna vez un vestido, y servía de camisa.

En los climas calidos se ve aun á los pobres, en el verano, cubiertos solamente con una sábana ó trozo de tela cuadrada; lo pasan sobre sus espaldas, recogen las dos puntas sobre el pecho, cruzan lo demás sobre su cuerpo y lo atan con una cuerda; único vestido de que usan. Cuando hace frío ó llueve se ponen una capa además. Se dice en el Evangelio, *Marc.*, xiv, 51, que un jóven que seguía á Jesucristo cuando fué preso en el huerto de las Olivas, no tenía mas que una sábana para cubrir su desnudez, que los soldados quisieron detenerlo, que dejó su sábana y se fugó. *Judic.*, xiv, 12 y 13, Sanson prometió treinta *sábanas*, en hebreo *sindanim*, y otras tantas tunicas á los jóvenes, que asistían á sus bodas, si podían explicar el enigma que les propuso. *Prov.*, xxii, 24, se dice que la mujer fuerte hace *sábanas* y ceñidores, y los vende á los cananeos ó fenicios.

Isaias., iii, 23, habla de las sábanas de las hijas de Jerusalem.

Leemos en el Evangelio que José de Arimatea para sepultar á Jesucristo compró una sábana, *sindonem*, y en ella envolvió el cuerpo del Salvador. Parece que esta sábana fué cortada en tiras para colocar al rededor del cuerpo y miembros los aromas de que se servían para embalsamar á los muertos; José le añadió un sudario ó pañuelo, para envolver la cabeza y la cara; *S. Juan*, xv, 6, dice que despues de la resurreccion de Jesucristo, S. Pedro entró en el sepulcro en donde no encontró mas que lienzo ó tiras, *si obvia*, colocadas á un lado, y en el otro el sudario que se colocó sobre la cabeza de Jesus. Igualmente dice, xi, 44, que resucitado Lázaro salió del sepulcro teniendo los piés y manos atados con tiras, y cubierto el rostro con un sudario.

De aqui se dedujo que el cuerpo de Jesucristo no fué envuelto en una sábana entera sino en tiras como Lázaro. De este modo las sábanas ó sudarios que se muestran en muchas Iglesias no pueden haber servido para sepultar al Salvador, mucho mas cuando el tejido de estos sudarios es de una obra bastante moderna.

Es probable que en los siglos XII y XIII, cuando se introdujo el costumbre de representar los misterios en las Iglesias, se representó el día de pascuas la resurreccion de Jesucristo. Se cantaba la prosa *Victimæ paschali*, etc., en la que se hace decir á Magdalena: *Sepulchrum Christi viventis et gloriam vidi resurgentis, angelicos testes sudarium et vestes*. A la palabra sudario se mostraba al pueblo una sábana que tenia impresa la imagen de Jesucristo sepultado. Estas sábanas ó sudarios, conservados en los tesoros de las Iglesias para que en todo tiempo sirviesen al mismo objeto, con el transcurso del tiempo fueron considerados como los lienzo que sirvieron para sepultar á nuestro Salvador; hé aqui por qué se han hallado diferentes en muchas Iglesias, en Colonia, en Besanzon, en Turin, en Briondo, etc.; y se quiso suponer que se trajeran de la Palestina en tiempo de las Cruzadas.

No se infiere de lo dicho que tales sudarios no merecen ningún respeto, ó que el culto que se les tributa es supersticioso; son antiguas imágenes de Jesucristo sepultado, y parece indudable que algunas veces Dios recompensó con beneficios la fe y la piedad de los fieles que honran estas señales conmemorativas del misterio de nuestra redencion.

Sueño. Háblase en la Escritura de muchos

sueños proféticos que ciertamente provenían de Dios; los de Abimelech, de Jacob, de Laban, de José, de Faraon, de Salomon, de Nabucodonosor, de Daniel, de Judas Macabeo, de S. José, esposo de la Virgen, eran verdaderas inspiraciones, por las que Dios hacia conocer sus designios á estos diversos personajes, ó les instruía de los futuros acontecimientos que él solo podía prever. La exactitud con que los sucesos han correspondido á todas las circunstancias de aquellos sueños no nos deja motivo alguno para juzgar que fueran efectos naturales ó ilusiones. Dios sin duda, es árbitro para instruir á los hombres del modo que le place, ya por sí mismo, ya por medio de sus ángeles, ó ya por causas naturales, cuyo curso dirige; y cuando lo hace enida de reunir á ellos circunstancias y motivos de persuasión, en virtud de los cuales no pueda dudarse que es él quien lo hace. Esta verdad no puede ponerse en duda sino por los que no creen en Dios ni en su Providencia.

Pero con esta conducta no autoriza Dios la confianza en los sueños en general. En el *Levitico*, xv, 20, y en el *Deuteronomio*, xxii, 10 prohibe á los israelitas observar los sueños; el impío Mamsós dió en esta superstición y se le echó en cara como un crimen. *II Paralipión.*, xxxii, 6. El *Eclesiastés* dice que los sueños pueden causar grandes pesadumbres, v, 2, y el autor del *Eclesiastés* observa que los sucesos han sido para muchos origen de errores, xxvii, 7. *Isaias* acusa á los falsos profetas de desear sueños, lvi, 10: Jeremias los pone en ridiculo, xxiii, 25 y 27, y prohibe á los judios darles fe, 29, 8, etc.

Los PP. de la Iglesia, como S. Cirilo de Jerusalem, S. Gregorio de Nisa, S. Gregorio el Grande, el papa Gregorio II han repetido estas lecciones á los cristianos; un concilio de Paris, en 820, dice que la confianza en los sueños es un resto del paganismo. En la edad média, Juan de Salisbury, obispo de Chartres, Pedro de Blois y otros trabajaron para desterrar este error; Tiers, *Traité, des superst.*, t. 1, l. 2, c. 8. No debe, pues, atribuirse á falta de instruccion el que en todos los siglos se hayan encontrado espíritus débiles que hayan dado crédito á los sueños.

Un sabio académico, *Hist. de l'Acad. des Inscrip.*, t. 18, p. 124, en 12.ª redacción una memoria en que prueba que esta preocupacion fué comun á todos los pueblos; los egipcios los persas, los medas, los griegos, los romanos, no han estado mas exentos de ella que los chinos, los indios y los salvajes de América. Muchos filósofos, los mas celebres, tales

como Pitágoras, Sócrates, Platon, Crisipo, la mayor parte de los estóicos y de los porfirianos, Hipócrates, Galeno, Rogirio, Isidoro, Damascio, el emperador Juliano, etc., eran tan crédulos en este punto como las mujeres, y algunos han tratado de fundar su opinion sobre razones filosóficas; otros, á la verdad, han tenido bastante buen sentido para preservarse de este error; se cuenta entre éstos á Aristóteles, Teofrasto y Plutarco. Ciceron la ha combatido con todas sus fuerzas en su libro segundo de la *Adivinacion*, pero no la ha destruido.

Hablando de los sabios que con frecuencia son atormentados por los sueños, ha dicho uno de los incrédulos modernos que nada es mas natural que agregarles misterio y considerarlos como un aviso de la divinidad que nos instruye del porvenir; que de aqui han nacido entre los pueblos civilizados las revelaciones, las apariciones, las profecías, el sermoneo y los mayores males, que *sonar* es el primer paso para convertirse en profeta, etc. Hubiera debido notar que los filósofos que han razonado sobre los sueños no eran ignorantes, y que todos los que los han tenido, y á quienes los filósofos han dado fe, no por eso se han erigido en profetas. El hombre mas sensato y menos crédulo puede afectarse por un sueño bien circunstanciado y verificado en seguida por los acontecimientos, puede sin debilidad mirarle como un presentimiento, y el artículo de los presentimientos todavia no ha sido aclarado por los mas sabios filósofos. Si sucediera alguna cosa semejante á un incrédulo, toda su pretendida fortaleza de ánimo quedaria desconcertada. Las profecías hacia las cuales tenemos respeto, no se parecen á los sueños y muchas veces han sido dictadas en circunstancias que no dejaban tiempo para soñar.

Bayle, á quien no se acusa de credulidad ni de debilidad de espíritu, ha hecho sobre este particular reflexiones muy sensatas. Creo, dice, que puede decirse de los sueños casi lo mismo que de los sortilegios; contienen muchos menos misterios que cree el pueblo, y algunos mas que los que creen los espíritus fuertes. Los historiadores de todos los tiempos y lugares refieren respecto á sueños y respecto á la magia tantos hechos sorprendentes, que los que se obstinan en negarlo todo se hacen sospechosos, ó de poca sinceridad, ó de una falta de luces que no les permite discernir bien la fuerza de las pruebas.

Si establecies una vez que Dios ha considerado á propósito establecer ciertos espiri-

tus, causa ocasional de la conducta del hombre respecto de algunos acontecimientos, todas las dificultades que se han presentado contra los sueños se desvanecerán. Bayle se ocupa en seguida en desenvolver las consecuencias de esta hipótesis, y hace ver que segun ella, las razones con que Ciceron ha combatido los sueños no tienen fuerza alguna. Ahora bien, continúa, hasta á los que creen en los sueños poder responder á las objeciones; al que niega los hechos corresponde probar que son imposibles; sin esto nada gana su causa. *Dil. crit. Mejus*, Rem. D.

No tenemos infencion alguna de adoptar la teoria de Bayle; únicamente la citamos para hacer ver á los incrédulos que, al decidir en todo con tanta altanería, ni conocen las respuestas que pueden darse á sus objeciones, ni las dificultades que se les pueden oponer. En vano se han valido del sistema del materialismo para salirse de este apuro; Bayle hizo ver en el artículo *Espinosas* que, aun siguiendo este sistema, no pueden negar los espíritus, ni su accion, ni la magia, ni los demonios, ni los infernos. No les queda, pues, mas recurso que el pirronismo, y aun este filósofo ha demostrado el absurdo é inconsecuencia de esto en el artículo *Pirron*.

Aunque en los Libros santos haya una prohibicion general de dar crédito á los sueños, y los Padres de la Iglesia hayan repetido á los cristianos la misma prohibicion, no se sigue que los personajes de que hemos hablado se hayan engañado tomando los suyos por avisos del Cielo. Dios que se los enviaba los acompañaba con signos interiores ó exteriores, de los cuales podia concluirse con certeza que no eran simples ilusiones de la imaginacion.

Los que han razonado juiciosamente sobre la facilidad con que se deja el hombre afectar por los sueños, han confesado que frecuentemente es muy disimulable. Ha sucedido á muchas personas tener sueños seguidos, circunstanciados, que parecían reflexionados y razonados, que hacian relacion al porvenir, y que han sido exactamente verificados por los sucesos. Como esta coincidencia no podia tomarse por efecto de la casualidad, se concluyó de aqui que habia en los sueños algo de divino y sobrenatural. Este fenómeno tan comun hizo creer que era lo mismo en todos los sueños y que era un medio por el cual la Divinidad hacia presente el porvenir. No hay aqui ni impostura ni falacia; la generalidad de los hombres no están obligados á ser filósofos, ni ha hacer á todas horas profundas reflexiones para saber

si tal acontecimiento es natural ó sobrenatural. Como los paganos estaban persuadidos de que el mundo estaba poblado de espíritus, de inteligencias, de genios que obraban todos los fenómenos de la naturaleza, que eran la causa de todos los acontecimientos, de todo el bien y de todo el mal que sucede á los hombres, no podian menos de atribuirlos á todos los sueños buenos ó malos. Este es, pues, un hecho que prueba, contra los incrédulos, que no es cierto que todos los errores, supersticiones, abusos y absurdos en puntos de religion se hayan originado de la falacia de los impostores y de la astucia de los que querian aprovecharse de ellos. Casi todos han encontrado hecha la mitad de la obra.

Algunos, sin duda, han sabido sacar partido para su interes, puesto que se atribuyeron el talento de interpretar los sueños: hicieron de ello una ciencia ó un arte bajo el nombre de *oneirocritica* ó *oneirocritia*, palabra griega compuesta de *sueño*, *sueño*, y *critica*, *juicio*; era una especie de adivinacion.

Vemos tambien por el testimonio de los Padres de la Iglesia que habia entre los paganos hombres que se vanagloriaban de poder enviar á los demás sueños tales que les agradaban. S. Justino, *Apol. 1*, n. 18; Tertuliano, *Apológ.*, c. 20.

El arte de que hablamos empezó, segun se dice, entre los egipcios, á lo menos fué profesado entre ellos; Warburton pretende que los primeros intérpretes de los sueños no fueron ni falaces ni impostores; solamente sucedió con ellos, dice, lo mismo que con los primeros astrólogos, que fueron mas supersticiosos que los demás hombres, y que dieron los primeros en la ilusion; la confianza en los sueños estaba generalmente establecida y no son ellos sus autores. Aun cuando supusiéramos que han sido tan falaces como sus sucesores, á lo menos han necesitado materiales para servir de base á su pretendida ciencia, y los han hallado reunidos en el lenguaje jeroglífico de los egipcios. En este lenguaje un dragon significaba la dignidad real, una serpiente indicaba las enfermedades, una vibora designaba el dinero, las ranas marcaban los impostores, el gato era el simbolo de adulterio, etc. Estos diversos objetos conservaron la misma significacion en la interpretacion de los sueños. Este fundamento, continúa Warburton, daba mucho crédito al arte y satisfacia igualmente al que consultaba y al que respondia, puesto que en aquel tiempo los egipcios miraban á sus dioses como autores de la ciencia jeroglífica; nada, pues, era mas natural que suponer

que esto mismos dioses, á quienes creían autores de los sueños, emplearan en ellos el mismo lenguaje que en los jeroglíficos. Es verdad que una vez profesada la *oneirocritica*, cada siglo introdujo para decorarla nuevas supersticiones, que al fin la sobrecargaron tanto, que apenas podia conocerse el fundamento sobre que se apoyaba.

Estas conjeturas pueden ser tan verdaderas, cuanto son ingeniosas; pero no confesaremos que José se sirvió de la *oneirocritica* y siguió sus reglas para interpretar los dos sueños de Faraon. Cuando este patriarca tuvo en su juventud dos sueños que presagiaban su futura grandeza, no conocia á los egipcios y Jacob, su padre, que penetró muy bien el sentido de estos dos sueños jamás habia visto el *Gen.*, xxxv, 6. Cuando explicó el sueño del copero de Faraon y el del panetero, *Gen.*, c. 40, nada dijo sobre jeroglíficos, y los declaró que solo Dios puede interpretar los sueños, v. 8. Aun cuando fuera cierto que en el lenguaje jeroglífico las espigas de trigo eran el simbolo de la abundancia, y que las vacas eran de Isis, divinidad del Egipto; esto no hubiera servido mucho á José para predecir siete años de abundancia seguidos de siete años de escasez; los intérpretes egipcios nada habian comprendido, *Gen.*, xli, 8; hace ver en seguida que Dios le revelaba el porvenir de otra manera que por sueños, l. 23.

Los magos caldeos hacian tambien profesion de explicar los sueños, y no es probable que hubiesen ido á Egipto á estudiar este arte; no conocemos ni su método ni las reglas que habian ideado; pero por el modo con que el profeta Daniel explicó los sueños de Nabucodonosor, se ve evidentemente que estos sueños eran sobrenaturales tanto como la ciencia del intérprete; así para conocerlos y explicarlos, Daniel fué auxiliado por Dios y no por la ciencia de los caldeos, *Dan.*, ii, 18.

Algunos disertadores han pretendido que habia equivocaciones en el modo de referirse estos sueños, y que de estos profetas; hemos hecho ver que se han engañado. V. DANIEL.

Suerte. Manera de decidir por el acaso las cosas inciertas y para las que no hay razon alguna de preferencia. Los teólogos distinguen tres especies de *suertes*, la de division, la de consulta, la de adivinacion.

La primera se hace cuando muchos socios dejan á la suerte la parte que les caerá, cuando entre muchas personas que merecen la misma recompensa, se adjudica á la que

la obtiene por *suerte*, ó cuando se echan á la *suerte* muchos criminales para saber cuál de entre ellos sufrirá el castigo. Esta manera de obrar nada tiene de reprehensible, cuando en ello se observa un perfecta igualdad, y no puede resultar perjuicio alguno al bien público. Los ejemplos de esto son frecuentes en la Escritura Santa; la tierra prometida se dividió por *suerte*; los levitas recibieron del mismo modo su porción por *suerte*. David distribuyó por este medio los honores á las veinte y cuatro bandas de sacerdotes que debían servir en el Tabernáculo y en el templo. En el día de la expiación se echaban á la *suerte* dos bueyes que se ofrecían, para saber cuál de los dos sería inmolado, y cuál sería conducido al desierto; por lo cual la *suerte* de alguno significa algunas veces en la Escritura la porción que le tocó por la *suerte*, ó el bien que posee. Salomon dice en los *Proverbios*, xvii, 18, que la *suerte* evita ó termina los pleitos.

El que hacía sacar la *suerte* ponía los nombres ó billetes en la falda de su vestido, y se echaban á la *suerte*. «Las *suertes*, dice el mismo autor, se echan en la falda del vestido, *in sinum*, pero Dios es quien las dispone y distribuye.» xvi, 33; estaba persuadido que la providencia de Dios intervenía en ellas. Algunas veces se ponían en un vaso ó cáliz, y de aquí tiene origen la expresión de David, ps. xv, 50. «El Señor es la porción de mi herencia y de mi cáliz.» En ninguna parte se lee que se hayan empleado otras ceremonias.

La segunda especie de *suerte* es la de consulta; se recurría á ella cuando la prudencia humana no tenía otro medio de descubrir la verdad, cuando se trataba, por ejemplo, de descubrir un criminal ó conocer la persona que era necesario elevar á una dignidad; por la *suerte* se creía consultar á Dios. Así Saul fué elegido para ser el primer rey del pueblo de Dios, pero ya había sido designado á Samuel por una revelación divina; este profeta no recurrió á la *suerte* sino para convenir al pueblo de la elección que Dios había hecho. El mismo Saul, convencido de que se había violado una prohibición que había hecho, hizo echar *suerte* para conocer al culpable, y cayó esta sobre su hijo Jonatás. Josué descubrió por el mismo medio el latrocinio cometido por Achan en el saqueo de Jericó.

No hay motivos para juzgar que en tales ocasiones se tentó á Dios contra la prohibición de la ley; supuesto que Dios permitía á los jefes de la nación esperar de él oráculos

en semejantes circunstancias, con mucha más razón aprobaba que le pidiesen hiciese conocer su voluntad por medio de la *suerte*. Dios lo hacía así para impedir á los israelitas empleasen las prácticas supersticiosas y las diferentes especies de adivinación, por las que los idólatras pretendían consultar sus dioses. V. Adivinación.

En el nuevo Testamento no vemos más que un solo ejemplo de la *suerte* de consulta. *Act. i*, 33. Cuando fué necesario nombrar un sucesor á Judas en el apostolado, se propusieron dos, Barsabas y Matías. S. Pedro, para no manifestar predilección, pidió á Dios designase por la *suerte*, al que convenía elegir, y la *suerte* cayó sobre S. Matías.

Algunos autores, á quienes parecía ser ejemplo dañoso esta manera de elegir un apóstol, han buscado razones para justificarlo; pero no vemos en qué San Pedro y sus colegas necesitan justificarlo. Los apóstoles á quien Jesucristo prometió enviar el Espíritu Santo, el cual recibieron en efecto algunos días después, esperaban con fundamento, sin duda, que Dios se declarase en aquella ocasión, y el acontecimiento demostró que no se engañaban. Era oportuno que la elección de un apóstol pareciese provenir inmediatamente de Dios y no de los hombres. Para justificar la conducta del colegio apostólico no se necesita alegar lo que en otro tiempo se usó entre los judíos.

Por qué no hemos de juzgar lo mismo de la elección de algunos santos personages que fueron elevados al episcopado en la misma forma en los primeros siglos del cristianismo? En un tiempo en que Dios concedía á su Iglesia los dones milagrosos no era tenaz á su Iglesia el poder esperar de él una señal sobrenatural en semejante circunstancia; cuando había muchos sujetos dignos del episcopado é igualmente capaces de cumplir con sus deberes, la *suerte* era un medio de evitar las ambiciones, las murmuraciones, las predilecciones entre los fieles hacía sus pastores, y evitar el inconveniente que tuvo lugar en tiempo de S. Pablo en la Iglesia de Corinto, *I Cor.*, i, 11.

Pero en los siglos siguientes, cuando cesó la efusión de los dones milagrosos, era un abuso querer aun que la *suerte* decidiese de la elección de los obispos: podía recaer sobre sujetos muy poco aptos para cumplir esta dignidad. Dios no prometió que siempre declararía de este modo su voluntad; y ya no había motivo alguno racional para esperararlo. No debemos, pues, sorprendernos de que esta manera de elegir, que aprobó expresamente un concilio de Barcelona en el año 599 por razones que ignoramos, se prohibiese expresamente en lo sucesivo.

No se usan así con respecto á una clase de ciudadanos considerando todos igualmente capaces de cumplir los deberes que se les quieren imponer.

Finalmente, se llama *suerte de adivinación* la que se usaba muchas veces para conocer el porvenir. Como Dios se reservó este conocimiento por razones muy sábias, *Isaías*, xli, 22 y 23, que á nadie la prometió, y como no sería útil á los hombres tenerlo, es atentar contra sus derechos procurar por medios que no se estableció para esto, y porque no tienen por sí mismos ninguna virtud. El crimen es mucho mayor cuando se emplean con este objeto medios absurdos ó ímpios, y que no pueden tener efecto sino por la mediación del demonio. Muchos concilios han lanzado sus anatemas contra esta última especie de adivinación. Pueden verse en Du Cange, en la palabra *Suertes*, y en Tiers, *Tratado de las supersticiones*, t. 1, parte 1ª, l. 3, c. 6, etc.

Por estos principios admitidos por todos los teólogos se debe juzgar de la prueba que se llamó *las suertes de los santos*, de la que vamos á hablar.

SUERTE DE LOS SANTOS. Se sabe que entre los paganos era costumbre abrir al acaso la Iliada de Homero ó las poesías de Virgilio, y mirar como un pronóstico cierto del porvenir las primeras palabras que se presentaban á los ojos del lector; lo cual se llamó *suertes de Homero ó de Virgilio*. Describió el paganismo, cristianos mal instruidos creyeron santificar esta práctica supersticiosa consultando del mismo modo los Libros sagrados, y llamando á esta especie de adivinación las *suertes de los santos*. Puede verse un minucioso detalle de estas suertes en las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. 31, en 12ª, p. 98, y en Du Cange, en la palabra *suertes de los santos*.

Se hacía esto de dos maneras. La primera consistía en abrir al acaso uno de los libros de la Escritura Santa, implorando antes el auxilio del cielo con ayunos, oraciones y otras prácticas de religión, y tomar por regla de lo que se debía hacer el primer pasaje que se encontrase. La segunda era recibir como un oráculo las primeras palabras que

se oían leer ó cantar al entrar en la Iglesia, después de hechas las mismas preparaciones. Los autores que acabamos de citar refieren muchos ejemplos de una y otra.

Se usó alguna vez la primera para la elección de un obispo; de este modo fué elegido S. Aizman para suceder á S. Uberto en la silla de Orleans hacia el año 393, y del mismo modo fué confirmada la elección de S. Martin para el obispado de Tours, en el año 374, á pesar de la oposición de un partido numeroso formado contra él. Estos son los dos únicos ejemplos antiguos que se conocen; S. Gregorio Turonense, muerto en el año 395, cita otros muchos ejemplos, pero concernientes á negocios puramente temporales, y hubo muchos en las Iglesias griega y latina.

S. Agustín reprendió esta práctica, *Epist.* 53, *ad Januar.*, c. 20, n. 37: «Con respecto, dice, á los que echan *suertes* sobre los libros de los Evangelios, aunque es de desear que lo hagan así mas bien que consultar á los demonios, sin embargo esta práctica me desagradaba; no quiero que mientras los oráculos divinos no hablen de las cosas de la otra vida, se los aplique á la nada de esta, ni á los negocios de este siglo.» El santo Doctor comprendía que esta costumbre se acercaba aun al paganismo.

Consta que desde cerca del siglo VIII, han sido muy raros los ejemplos de este uso, condenado y prohibido severamente por los cánones de muchos concilios. El de Vannes, celebrado en el pontificado de S. Leon el año 465, prohibe á los clérigos, bajo pena de excomunión, ejercer la adivinación que se llama *la suerte de los santos*, y pretender descubrir lo futuro por ninguna Escritura. Este concilio no lo autoriza para ninguna clase de negocios. Los de Agda el año 590, de Orleans en el 511, de Auxerre en 595, un capitulario de Carlo Magno en 790, repiten la misma prohibición, inserta en el penitencial romano.

Confesamos que estas leyes no hicieron cesar el abuso de que hablamos, pues fué necesario aun reproducirlas en lo sucesivo; el desorden cundió mas allá. Se pensaba que cuando un obispo estaba consagrado y se colocaba sobre sus espaldas el Evangelio, al abrir el libro era una predicción de la conducta futura del nuevo obispo el primer pasaje que se presentaba á la vista; muy luego se hizo lo mismo en la elección de los abades y en la recepción de canónigos. Esta costumbre, en la que la malignidad tuvo mas parte que la superstición, produjo con frecuencia muy malos efectos; algunas veces

el fatal presagio sacado de las palabras del Evangelio indispuso de antemano á los pueblos contra su nuevo pastor, y sirvió para hacer odiosa la conducta de algunos, que no merecían esta especie de oprobio; muchas veces tambien las esperanzas favorables concebidas de algunos personajes, por la misma preocupación, fueron defraudadas por los resultados. Es evidente que esta suerte de adivinacion estaba proscriba por los cánones, que prohibían en general la suerte de los santos.

No pensamos, sin embargo, que este abuso haya durado tanto tiempo como pretenden nuestros literatos. Sea lo que sea, y aunque condenado por decretos del siglo XIII y XIV, no prueba esto que fuese aun común por entonces. Aun quedan rituales antiguos en los que se excomulgan en el sermón de las parroquias á los magos, hechiceros y adivinos; no se sigue de esto que haya entre nosotros un gran número de estos insensatos.

El otro modo de practicar la suerte de los santos, que consistía en tomar por una predicción del porvenir las primeras palabras que se oían leer ó cantar al entrar en la Iglesia, no era menos digno de censura. Pero se atribuye esta superstición á santos personajes á quienes no es difícil justificar. Una cosa es poner atención en un encuentro casual análogo á los objetos en que se tiene ocupado el ánimo y que lo agitan; otra cosa, mirarlo como un presagio cierto de lo que sucederá: la primera opinion no es mas que una debilidad, la segunda seria una superstición.

Por la sola autoridad de Metafrasto, autor muy sospechoso, se dice que S. Cipriano confiaba mucho en las primeras palabras que oía al entrar en la Iglesia, y que las tomaba por un presagio cuando eran análogas á los pensamientos ó designios que tenia en su imaginación. Este hecho necesita probarse mejor; se sabe que S. Cipriano nada era menos que un espíritu débil.

Se hace mal con citar por ejemplo á S. Antonio, quien oyendo estas palabras del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, veá vender lo que posees, y dalo á los pobres, etc.», se aplicó y ejecutó este consejo; á S. Agustín quien, para fijar sus irresoluciones, abrió las epístolas de S. Pablo, en las que halló palabras que le determinaron en fin á convertirse; y á S. Luis, que despues de perdonar á un criminal, revocó el perdón porqué leyó en el *Salterio* estas palabras: *Bienaventurados los que ejercen la justicia en todo tiempo*. Estos santos no buscaron á propósito estos encuen-

tros casuales para sacar de ellos un presagio ó una lección. No hay mas superstición en su conducta que en la de un pecador á quien enternecen y hacen entrar en sí mismo las exhortaciones de un predicador, á quien oye al entrar en la Iglesia.

Acercá de todos estos hechos y otros semejantes deban hacerse algunas reflexiones. En primer lugar, no pueden citarse muchos ejemplos de obispos elegidos por la suerte de los santos; lo que se hizo con respecto á S. Martín y á S. Aignan tuvo menos por objeto designar la persona que debía elegirse, que confirmar una elección ya hecha, y vencer la obstinación del pueblo ó de algunos jefes de partido, y este medio no es laudable.

En segundo lugar, la suerte de los santos puesta en uso, para saber cual seria la conducta de un nuevo obispo, era evidentemente una adivinacion supersticiosa; tambien la vemos condenada por los cánones desde su nacimiento; no adquirió favor mas que al abrigo de la ignorancia que los bárbaros trajeron consigo esparciéndose de un extremo á otro de Europa; formaba parte de las pruebas supersticiosas, y estos absurdos no hubiesen durado tanto tiempo si las pasiones humanas, que no respetan ninguna ley, no hubiesen encontrado en ellos un medio de satisfacerse.

En tercer lugar, la confianza que se pone en los encuentros no es una superstición, cuando no se han buscado á propósito para sacar de ellos presagios; cuando no se supone en ellos nada sobrenatural, cuando no se les da una entera confianza.

En cuarto lugar, los autores que nos han representado la suerte de los santos practicada en la consagración de los obispos como una parte de esta ceremonia, como un rito del *oficio suagrado*, como una circunstancia prescrita por el ritual, se burlaron de la credulidad de los ignorantes, pues toda clase de suerte de los santos estaba expresamente prohibida por los cánones. Es un absurdo citar lo que se hizo en Inglaterra en el reinado de un tirano como Guillermo el Rojo, y en tiempo de otros reyes normandos que se le asemejaban; vendió todos los beneficios, arrojó á los obispos mas respetables para colocar en su lugar salteadores, etc. El doctor Prídeaux juzgó oportuno argüir sobre estos desórdenes para demostrar cuál era la corrupción de la Iglesia romana en el siglo XI y XII, y para hacer ver cómo se introdujeron otros abusos, que los protestantes nos echan en cara; *Hist. de los judíos*, l. 13, año 20 de Jesucristo. Pero el estado de la

Iglesia de Inglaterra, bajo el yugo de conquistadores impios y brutales, no tiene nada común con el de la Iglesia romana en las demás partes del mundo; esta época de desórden no duró mucho tiempo, y ya no se trataba de esto cuando los pretendidos reformadores vinieron al mundo. El concilio de Enham en Inglaterra celebrado el año 1000, condenó á los que ejercían la suerte de los santos, enteramente como á los hechiceros y mágicos; ¿con qué cara puede decirse que en aquel tiempo esta suerte formaba parte del oficio divino? Pero los protestantes no han tenido jamás escrúpulo de calumniar á la Iglesia romana.

Suicidio (gracia). Véase GRACIA.

Suicidio. Accion de matarse á sí mismo para librarse de un mal que no se tiene valor de sufrir. En nuestros días el abuso de la filosofía ha llegado hasta el extremo de querer hacer la apología de este crimen. Particularmente de los absurdos del ateísmo, muchos incrédulos atrevieron á decir que el suicidio no está prohibido ni por la ley natural ni por la divina positiva, y que aun parece sancionado con muchos ejemplos citados en los Libros santos, por el valor de muchos mártires, y por los elogios que les han prodigado los Padres de la Iglesia. Nos creemos en el deber de demostrar la falsedad de todas estas aserciones.

1. El suicidio es contrario á la ley natural. 2. Dios solo es el autor de la vida, él solo puede disponer de ella; y digan lo que quieran los razonadores atarabiaris, es un beneficio. Así lo conocemos por el horror natural que tenemos á nuestra destrucción, y por el instinto natural que nos conduce á conservar. En esto además se funda el derecho que tenemos de defender nuestra vida contra un agresor injusto, y de arrancarle la suya si de otro modo no podemos salvar la nuestra. Retamos á los apologistas del suicidio á que concilien el derecho de la propia defensa con el pretendido derecho de quitarnos la vida cuando nos plazca.

3. Dios nos dió la vida no solamente para nosotros, sino para la sociedad de la que formamos parte. La misma ley natural que manda á la sociedad vele por la conservación de todos los miembros que nacen en su seno prescribe á cada uno de estos miembros lo presien sus servicios, y contribuyan tanto y por el tiempo que puedan al bien general de la sociedad. En esta obligacion reciproca consiste el pretendido pacto social soloado por nuestros filósofos, pero no son los hombres los que lo formaron por una vo-

luntad libre, es Dios, autor de la naturaleza, quien estipuló para ellos en el momento de su nacimiento, ó mas bien en el momento de su creación. Véase SACRAM. En vano se dice que un desgraciado es un miembro inútil, y gravoso á la sociedad; nada de esto es: aun que solo sirviese para dar un ejemplo de paciencia seria mucho, y nada puede dispensarle de esto.

3. ¿Qué es la virtud? Según la energía del término, es la fuerza del alma. Si un hombre no quiere ó no puede sufrir nada, ¿de qué fuerza, de qué virtud es capaz? Diremos que por ley natural un hombre está dispensado de tener virtud? No era esta la opinion de los estoicos, que pensaban que un hombre sin virtud no es hombre, y está muy probado que la paciencia es la mas necesaria de todas las virtudes. En verdad, aquellos filósofos se contradecían ensalzando por una parte la dignidad del hombre luchando con el dolor, y que se muestra superior en esta especie de combate, alabando por otra el valor de los que se daban la muerte para sustraerse al dolor ó al sentimiento de no haber logrado una empresa. Esta contradicción hubiera debido tambien abrir los ojos á nuestros razonadores modernos.

4. Declaman contra todas las instituciones que parecen dañar á la población; por cuyo motivo han hecho tantas disertaciones contra el celibato; este, pues, es menos contrario á la población que el suicidio. Se causa mas perjuicio á la sociedad perdiendo un hombre formado que está actualmente en estado de servir, que en privarle de algunos niños que aun no existen, y de los que la mayor parte hubieran perecido antes de llegar á la edad viril. Según la observación de un deista, desde que un hombre se obstina en quitarse la vida, es dueño de la de otro por muy custodiado que pueda estar.

5. Un incrédulo tambien convirtió en ridiculo los motivos por los que los insensatos de nuestros días acostumbran á renunciar á la vida. «Los griegos y los romanos», dice, «se mataban despues de la pérdida de una batalla, ó en un desastre de su patria que ya no podían remediar. Nosotros nos matamos tambien, pero lo hacemos cuando hemos perdido nuestra hacienda, ó en el exceso de una loca pasión hacia un objeto que no vale la pena, ó en un acceso de melancolía.» *Cuestion sobre la enciclopedia; de Caton y del suicidio*. En efecto, nuestros periódicos refieren el gran número de suicidios que tienen lugar en nuestro siglo; apenas habrá uno solo que poco mas ó menos no prevenga

del libertinaje. Ellos han demostrado los tristes efectos que han producido las diatribas absurdas y los principios falsos de nuestros filósofos, lo cual no es un trofeo que honre mucho á la filosofía moderna. V. LIBERTINAJE.

6º Los antiguos filósofos mas sabios, Platón, Sócrates y Cicerón condenan el suicidio como un crimen, como una rebelion contra la Providencia, *Teología pagana*, t. 2, p. 316. Si los epicúreos y la mayor parte de los estoicos pensaron de un modo diferente, es porque no admitían la Providencia. Pero es falso que Epiceto abundase en los sentimientos de estos últimos, como se ha querido suponer al proponerlos la moral de Séneca. Epiceto sentía principios diametralmente opuestos, *Manual*, § 25, 42, etc.; nuevo *Manual* compuesto por Arriano, l. 1, § 8 y 88; l. 3, § 42; l. 4, § 38, etc.

Todas estas pruebas merecían explicarse, pero no haremos mas que indicarlas.

II. El suicidio está prohibido por la ley divina positiva. Desde el principio del mundo prohibió Dios el homicidio y lo castigó severamente en la persona de Cain, *Gen.*, iv, 10. Despues del diluvio reprodujo la misma prohibicion. « Si alguno derrama la sangre humana, será castigado con la efusion de su propia sangre, porque el hombre es hecho á imagen de Dios. » ix, 6. La ley del decálogo, *no matarás*, no es mas que la repetición de la ley primitiva. Luego tampoco es permitido al hombre matar la imagen de Dios en su propia persona ni en la de otro.

Se dice que esta ley tiene excepciones; no admite ninguna sino cuando exige el bien general de la sociedad. A la sociedad, pues, pertenece declarar en qué caso exige su interés que se condene á muerte á un malhechor. A ningún particular pertenece decidirlo; nadie tiene derecho de condenarse á sí mismo á muerte; la sociedad no tendría este poder si Dios no se lo hubiese dado. Es necesario, pues, probar que el suicidio es conforme á los intereses de la sociedad.

Sap., xvi, 13: « Vos sois, Señor, quien tiene poder de vida y de muerte... Un hombre puede quitar la vida á otro por perversidad, pero no se la puede restituir, y le es imposible sustraerse á vuestro poder. » *Ier.*, xv, 9: « Desgraciado el que resiste á su Creador; un vaso de tierra dirá al alfarero: ¿qué habeis hecho? ¿soy yo obra de vuestras manos? etc. » Luego es resistir á Dios quitarse la vida antes que lo mande.

Sin embargo, replican nuestros adversarios, hay en la historia santa muchos ejem-

plos de suicidios, que no han sido reprendidos ni condenados; citan á Abimelech, Sanson, Saul, Aquitofel, Zambrí, Eleazar y Razias. Es necesario examinarlos detenidamente.

1º Es falso que ninguno de estos personajes no fué reprendido. De Abimelech se dice que Dios le castigó el mal que hizo á su familia degollando á sus hermanos en número de setenta, *Judic.*, ix, 56. Saul es representado como un rey condenado por Dios, á quienbra de Samuel predijo una muerte próxima, *II Reg.*, c. 1, 43. Zambrí fué un usurpador del trono; el escritor sagrado dice que murió en su pecado, *II Reg.*, 16 y 17. Aquitofel es considerado como un traidor, infiel á David, su rey, dedicado á confirmar á Absalon en su rebelion y á sugerirle crímenes. *II Reg.*, xvi, 18 y 49. Tales locuciones no son elogios ni aprobaciones.

2º Sanson y Eleazar no fueron suicidas; al entregarse á una muerte cierta su principal designio no era destruirse, sino vengar la nacion de sus enemigos. Sanson pide á Dios le dé valor para vengarse de los ultrajes de los filisteos, *Judic.*, xvi, 28. Se dice de Eleazar, que se entregó á la muerte para librar á su pueblo, *Machab.*, vi, 44. Jamás se han considerado como suicidas los sacrificios tan célebres en la historia, ni en el valor de los que se entregan á un vencedor irritado para salvar á sus conciudadanos, ni la intrepidez de los guerreros que se lanzan en medio del ejército enemigo; para inspirar el mismo valor á sus soldados.

3º Los elogios que se prodigan á Razias en el segundo libro de los *Macabeos*, xiv, 40 y siguientes, ofrecen una gran dificultad. Este judío se mató para evitar caer en poder de los satélites que le perseguían, y para sustraerse á los tormentos que se le preparaban, con objeto de hacerle cambiar de religion. Se le puede justificar por la intencion y por defecto de reflexion en una angustia tan cruel. Su conducta se elogia como un rasgo de valor, y no como el efecto de un celo inflado. Asi lo juzgo san Agustín, l. 2, *contra Epíst. Cavend.*, c. 23. No es Eleazar un hipocóndrico que se mata á sangre fría para librarse del peso de la vida; es un hombre turbado á vista del peligro, y que de dos males inevitables elige el que le parece menor. Lo mismo tiene lugar en muchos mártires, cuyo ejemplo se nos objetará mas tarde.

III. Los apologistas del suicidio han sido aun mas temerarios, afirmando que este crimen no está prohibido en el Evangelio. Nos limitaremos á responder que ninguna ley po-

sitiva prohibió jamás la demencia ni el frenesí; pero sostenemos que la del suicidio está prohibida por todas las páginas del Evangelio, que prescribe la paciencia en las aflicciones, y que promete á esta virtud una recompensa eterna.

8º. Hablo despues de recordar á los fieles todo lo que sufrieron los antiguos justos, les dice: « En vista de esta nube de testigos, corramos por la paciencia al combate que nos espera; fijando nuestras miradas en Jesus autor y consumidor de nuestra fe, que sufrió la muerte de la cruz, y desprecio las ignominias en consideracion á la gloria que esperaba, y que está sentado á la derecha de David. » *Hebr.*, xii, 1. Les representa que Dios les ama, pues los castiga como un padre corrige á sus hijos. Si un furioso determinado á cortar el hilo de sus dias, fuese capaz de fijar la atencion en esta moral, conocería el crimen que comete queriendo sustraerse á los castigos que Dios le envía, y que mereció por su imprudencia ó por su libertinaje.

Un cristiano que se entrega á pasiones desarrregladas y que encuentra en ellas su desgracia, entrando en sí mismo, exclama con un rey penitente: *Vos sois justo, Señor, y vuestros juicios son la misma equidad*. Un incrédulo se siente castigado por donde pecó, desprecia la justicia divina, y pretende librarse de ella quitándose la vida; ella sabrá vengarse.

¿Qué se responderá á un insensato que se atrevió á exclamar que si es cierto que el Mesías de los cristianos murió voluntariamente, fué evidentemente un suicida? Jesucristo no exigió á los judíos á hacerlo morir; de antemano les echó en cara el crimen que iban á cometer. Se entregó á la muerte, no por hastío de la vida, ni por impaciencia en el dolor, sino por rescatar al género humano de la muerte eterna, por la salvacion de los mismos que lo crucificaron. Se ofreció como víctima de nuestra redencion, con pleno poder de dar su vida y de recobrarla, *Juan*, x, 18, y con una certeza completa de resucitar tres dias despues. De este modo confirmo su doctrina con su ejemplo, inspiró el mismo valor á millares de mártires, y con su cruz convirtió el mundo. Sin embargo, exponerse á una muerte cierta para salvar la vida á un número de ciudadanos, no es un suicidio, sino un rasgo de valor heroico; hacer este sacrificio para salvar el mundo entero de un suplicio eterno, tal es la caridad de Dios.

Pero en concepto de nuestros adversarios, la mayor parte de los mártires fueron fanáticos; unos fueron en tropel á presentarse á la

espada de los perseguidores, lo cual hicieron un ejército de cristianos en Asia al llegar el procónsul Arrio Antonino; otros saltaron por sí mismos á la hoguera encendida para intimidarlos, como hizo Sta. Apolonia el año 249; otros se precipitaron por no caer en manos de los soldados y teniendo perder su castidad; se cita con este motivo á Sta. Pelagia, jóven virgen de quince años, que así lo hizo en el año 311. Los PP. de la Iglesia, san Jerónimo, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo han hecho de esta última los mayores elogios, decidieron que no es licito matarse, *exceptuando cuando se corre riesgo de perder su castidad*. S. Agustín no justifica á estos mártires, sino suponiendo gratuitamente, como S. Juan Crisóstomo, que obraron por unáns. tiracion divina; pero Dios no inspira una accion mala intrínsecamente y contraria á la ley natural. De aquí partió Barbeyrac para hacer una elocuente declamacion contra los PP. de la Iglesia y para probar que enseñaron una moral falsa, *Tratado de la moral de los PP. de la Iglesia*, c. 13, §. 7, p. 243. Un deista, tomando el tono de oráculo, pronunció esta máxima: *El verdadero mártir espera la muerte, el entusiasta corre á ella*.

Examinemos todos estos hechos. 1º Sostenemos que en estos diferentes casos, los mártires no pecaron. Los cristianos de Asia, santa Apolonia y otros semejantes no tuvieron por objeto destruirse, sino convencer á los perseguidores de la inutilidad de los suplicios para intimidar á los cristianos y destruir el cristianismo; su designio era, pues, detener los furros de la persecucion y salvar la vida de sus hermanos exponiendo la suya: repetimos por tercera vez que tal accion no es un efecto del frenesí de los suicidas, sino un rasgo de caridad heroica. Así pensaba san Pablo, cuando decia, *II Cor.*, xii, 13: « Todo lo daré voluntariamente, y me daré aún á mí mismo por la salvacion de vuestras almas. » Aquellos cristianos no se engañaban. Tertuliano nos hace entender que Arrio Antonino conoció con qué hombres debía tratar; respondió con asombro é indignacion: *Desgraciados! ¿ no tenéis, pues, cuidado y precipitados! ¿ no teméis, pues, vuestros la vida?* Tertuliano cita contra los cristianos por medio de suplicios. *L. ad Scapul.* Se sabe que Diocleciano alegaba el mismo motivo para no reiterar la persecucion, el año 303; Lactant. *de Mort. persecc.* § 14. Libanos en la *Oracion fúnebre del emperador Juliano*, n. 58, nos enseña que esta fué tambien la razon que impidió á este prin-

cipe publicar edictos sanguinarios contra los cristianos. ¿Nos avergonzaremos de que su valor intrépido desarmase á los tiranos?

2º Sostenemos tambien que santa Pelagia y sus semejantes no fueron *súcidas*, y que los PP. no obraron mal por prodigiales elogios; no se trata de saber si una brutal violencia padecida á su pesar hace ó no perder la castidad, sino de averiguar si en ese terrible trance hay algun peligro de consentir en el pecado y sucumbir á la debilidad de la naturaleza. ¿Quién es la persona virtuosa que se atrevería á responder de sí misma en semejante caso? Preferir, pues, la muerte á una tentación violenta y á un peligro inminente de ofender á Dios, no es un crimen, sino un rasgo de amor á Dios elevado al mas alto grado. En este sentido entendió S. Pablo la castidad pedecida. *Rom.*, viii, 35. No tememos desafiar á Barbeyrac y á sus copistas para que prueben lo contrario.

No necesitamos, pues, para defender á santa Pelagia y sus imitadoras suponer en ellas ó un exceso de temor que les privó de la reflexion ó una esperanza mal fundada de librarse de la muerte, precipitándose en ella, ó una inspiración de Dios que les hizo obrar; los PP. sabian sin duda que Dios no inspira una acción criminal; no suponian tal inspiración sino porque estaban persuadidos de que el motivo de aquellos santos mártires era no solamente inocente, sino laudable y heroico.

Es, pues, falso que los PP. fueron seducidos por un aprecio excesivo y ciego de la castidad, como pretende Barbeyrac, él es quien está cegado por la preocupación de los protestantes que afectan deprimir esta virtud, admirada por los paganos aun en las mujeres y vírgenes cristianas. Los protestantes han colocado en el número de sus pretendidos mártires, y han alabado con exceso á unos furiosos, cuyo fanatismo estaba mejor caracterizado que el que ellos atribuyen á los mártires del cristianismo. S. Justino, *Apol.*, II, n. 4, responde á los paganos que preguntaban: *¿Por qué no os matais todos para desentabrarosnos de vosotros?* « Dios nos manda conservar para honrarle, servirle y hacerle conocer de todos los que no le conocen. »

3º Respondemos á los deístas que los mártires de quienes hablamos no *corrían* á la muerte, sino que se vieron obligados á sufrirla por el furor impeno de los tiranos; que por otra parte toda clase de entusiasmo no es un vicio; es una virtud cuando tiene por objeto acciones laudables y heroicas, y este entusiasmo pretendido de los mártires es el

que convirtió á los paganos. V. MÁRTIRES. Seria inútil relatar minuciosamente los sofismas en qué fundaron su doctrina los apologistas del suicidio; todos se fundan ó en la hipótesis absurda del ateísmo y de la fatalidad, ó en este falso principio de que la vida se nos dió para nosotros solos, que nada debemos á nuestros semejantes, y que no estamos obligados á dar cuenta á nadie de nuestras acciones.

Sulpicio Severo, ó Severo Sulpicio. Autor eclesiástico, nacido en la Aquitania, y que murió al principio del siglo V. Es cierto que era sacerdote, que vivió y murió con fama de santidad. Escribió en un latin purísimo un compendio de la Historia Sagrada, la vida de san Martín, al que estuvo unido por espacio de algunos años, diálogos y cartas. La edición mas reciente de sus obras se hizo en Verona en 1742, en dos tomos en folio. Se supone que cayó en el error de los milenarios y que se dejó sorprender por las exterioridades de virtud que mostraban los pelagianos; pero se asegura que despues se desengañó. No debe confundirse á este escritor con san Sulpicio, arzobispo de Bourges, que vivió en el siglo VI ó VII. Véase la *historia literaria de Francia*, t. 2, p. 95; *vidas de los PP. y mártires*, t. 1, p. 680; *Historia de la Iglesia galicana*, t. 3, año 394.

Supercerogacion. V. OBRAS.

*** Supernaturalismo.** Se expresa así como *racionalismo*. Véase esta palabra. * **EXÉGESIS NUEVA.** EXÉGETAS ALEMANES, se entiende la *incredulidad absoluta*, la obstinación de someterse aun á la autoridad de los hechos, que en su naturaleza ó en sus consecuencias ofrecen un carácter maravilloso, reputado imposible, porque el orgullo humano no pudiendo reproducirlos ó comprenderlos, los desprecia del mismo modo; bajo el nombre de *supernaturalismo*, se entiende estos hechos, *relativa*, que admitiendo estos hechos, no precisamente como divinamente manifestados, sino como históricamente y por consiguiente suficientemente demostrados, apela de ellos aun al criterio de la razon individual para forjarse un sistema sobre lo que confiesa inferir de ellos.

El pastor Schleiermacher se colocó entre estos dos campos enemigos, gobernados por Hegel, Feuerbach, Bauer, Marheineke, Breitschneider y otros teólogos filósofos, todos los cuales poco mas ó menos, discípulos de Espinosa, Véase **ESPIÑOSISMO**, reconocen tambien como menos ó menos á Kant por evangelista. Véase **CRITICISMO**, se colocó, repetimos, el

expresado Schleiermacher, enarbolando el estandarte de un eclecticismo pacificador, de su creacion, admitiendo aqui los derechos de sus creaturas de la única inteligencia, allí las durazuras pedesticas de las convicciones del corazon. Schleiermacher, como siempre ha sucedido á los ingeniosos inventores de caminos colocados entre errores y errores, entre locuras y locuras, entre mentiras y mentiras, fué destruido por los tiros que le asestaron los dos campos enemigos. Acusado de *ilotismo* por unos, de *malta fe* por otros, dejó de ser escuela de moderantismo filosófico-religioso.

Supersticioso. Supersticion. Estos dos palabras se derivan de la latina *superstare*, sinónimo de *superesse*, ser superabundante, por consiguiente la *supersticion* es un culto excesivo y superfluo. Los griegos la llamaban *δεισιμασμον*, el temor de los demonios ó genios, á quienes consideraban como dioses; por consiguiente, algunos filósofos del día dicen que la *supersticion* es una turbación de la alma causada por un temor excesivo á la Divinidad. El temor es, sin duda, una de las causas principales de la *supersticion*, pero no es la única, pues todas las pasiones del hombre le hacen *supersticioso*; otros escritores mas instruidos convienen en esto.

Es por ventura el temor quien unicamente hizo imaginar á los primeros politeistas la muchedumbre de espíritus, de genios, de demonios, por los que creian estaba animada toda la naturaleza, y á los que atribuian todos los fenómenos buenos ó malos que se verificaban en ella? No; y los mismos filósofos han seguido generalmente esta opinion. La dificultad consistia en concebir el mecanismo de la naturaleza, la union de las causas físicas con sus efectos, la oposicion de los fenómenos que en ella se verifican, y comprender que un solo espíritu fuese bastante poderoso para crearlo y dirigirlo todo por un solo acto de su voluntad. Solamente la revelacion podia enseñar á los hombres esta verdad sublime, consecuencia natural de la creacion: Dios la habia revelado efectivamente á los primeros hombres; y por sus descendientes no tardaron en olvidarla, y se hallaron sumergidos en la misma ignorancia, como si Dios no hubiese jamas hablado. Si solamente el temor hubiera sido la causa de su error, no hubieran imaginado mas que divinidades terribles y malélicas; es pues constante que imaginaron por lo menos tantas buenas como malas, y que en general se creia á los dioses mas inclinados á hacer bien que mal: *di deorum bonorum*, así se les llamaba comunmente. V. **RELIGION**, § 2.

Quando el labrador inventó veinte divinidades que presidiesen á sus trabajos y velasen sobre sus mieses, cuando les prodigió respetos y ofrendas, era llevado mas bien del interes y de la codicia que del temor. Las madres y nodrizas que se forjaron un gran número de divinidades para proteger el nacimiento y educacion de los hijos, obraban por una loca ternura y por vanidad, para dar mas importancia á sus ocupaciones. Los que estaban dominados de un amor frenético, ponian en juego las bebidas, los encantos, las conjuraciones, para empujar á una divinidad á que comoviese el corazon de la persona que idolatraban. Los vengativos lo hacian tambien por el deseo de dañar á sus enemigos. Los ladrones tambien se liasonjaban de lograr su objeto, dirigiendo «votos á Mercurio y á Laverno; el temor no era el principal resorte que les hacia obrar. Atribuímos á este motivo la confianza que los estóicos tenian en la divinacion, en los augurios, en los pronósticos? Pensaban mal, porque sacaban falsas consecuencias de algunos fenómenos naturales. Los epicúreos *supersticiosos* eran hipócritas porque querian engañar al pueblo y justificarse de la imputacion de irreligion. Los teurgistas del tercero y cuarto siglo fueron filósofos orgullosos, que se creian dignos de tener un comercio inmediato con los dioses. Podríamos ampliar mucho mas estos pormenores, pero esto basta para demostrar que toda pasion cualquiera, alimentada en cierto grado, es capaz de alterar en el hombre las ideas y sentimientos de religion, de inspirarle falsas nociones de la Divinidad y de hacerle *supersticioso*; y podremos confirmar este hecho con la confesion expresa de muchos incrédulos.

Confesamos, sin embargo, que el exceso en materia de austeridades, de penitencias, de mortificaciones, proviene con frecuencia de un temor excesivo á la Divinidad, de una melancolia natural ó de los remordimientos de una conciencia alarmada. Pero quando los pitagóricos, los órficos, los estóicos, los platónicos, y aun los epicúreos, exhortaban á sus discípulos á que sujetasen los apetitos á del cuerpo, no lo atribuian al temor á la Divinidad; digeron que la dignidad del hombre exige que se haga dueño de sí mismo y que no se asemeje á los animales. En esta materia solamente el exceso puede tacharse de *supersticion*, porque Dios manda al hombre no destruirse lentamente, sino conservarse; de este modo donde la *supersticion* comienza, la religion termina. V. **MORTIFICACION**.

Quando nuestros incrédulos deciden que